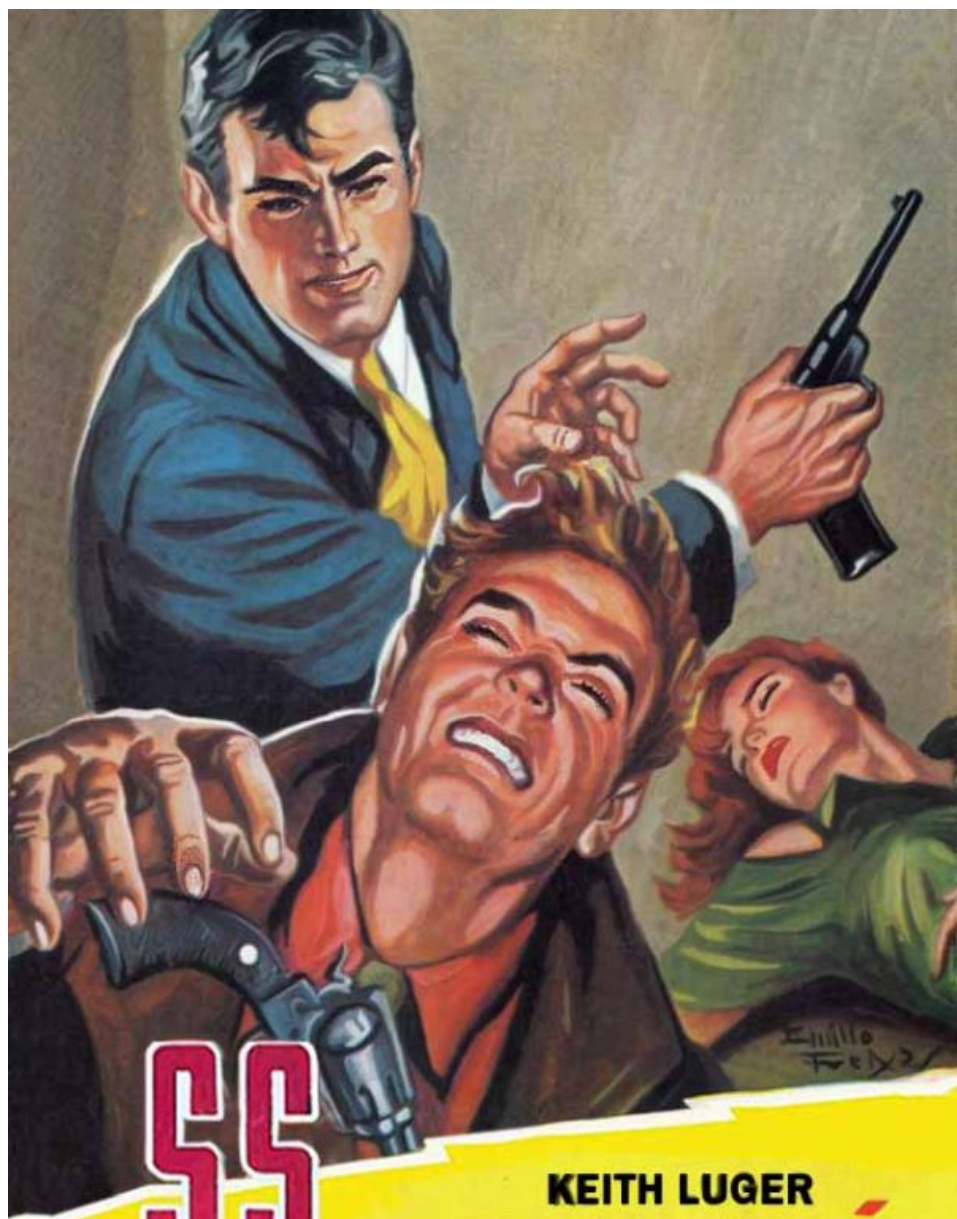




SS

**SERVICIO
SECRETO**

KEITH LUGER

**MORIRÉ
ESTA NOCHE**

Frené a tiempo para no atropellar al tipo. Era noche oscura pero lo había visto a la luz de los faros mientras él cruzaba la carretera.

Por fortuna yo no iba a mucha velocidad.

Me puse a soltar imprecaciones por lo bajo mientras los neumáticos chirriaban.

Finalmente el coche se detuvo y di un suspiro. Bien: aquel fulano acababa de nacer.



Keith Luger

Moriré esta noche

Bolsilibros - Servicio Secreto - 475

ePub r1.0

Lds 24.03.19

Título original: *Moriré esta noche*

Keith Luger, 1959

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





KEITH LUGER

MORIRE ESTA NOCHE

1ª. EDICCIÓN
ENERO - 1959

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

CAPÍTULO PRIMERO

Frené a tiempo para no atropellar al tipo. Era noche oscura pero lo había visto a la luz de los faros mientras él cruzaba la carretera.

Por fortuna yo no iba a mucha velocidad.

Me puse a soltar imprecaciones por lo bajo mientras los neumáticos chirriaban.

Finalmente el coche se detuvo y di un suspiro. Bien: aquel fulano acababa de nacer.

Abrí la portezuela y salté fuera. El aire fresco de la noche me azotó el rostro.

El tipo se había detenido en la curva, a unas quince yardas, y vi que miraba en mi dirección, pero luego saltó de la carretera y se perdió en la oscuridad, hacia la playa.

—¡Eh, usted! —lo llamé.

Sólo me contestó el murmullo del mar.

—¡Eh, oiga! —lo llamé por segunda vez.

Tampoco me hizo caso.

¡Al diablo con él! Saqué un cigarrillo del paquete lo encendí. El tipo ya había llegado a la orilla. Pensé que se detendría, pero no fue así. Empezó a meterse en el agua sin quitarse ninguna prenda. Aquel fulano estaba borracho o loco.

Una ola lo abatió, pero él se puso en pie y siguió andando hacia el interior del mar. Había algo extraño en sus movimientos.

Fui a dar media vuelta para dirigirme al coche, pero la curiosidad me venció una vez más y observé al tipo. Ya estaba muy adentro. El agua le llegaba hasta el cuello. De vez en cuando su cabeza desaparecía de la superficie.

No titubeé más. Eché a correr hacia la orilla y me quité la chaqueta, los zapatos y los pantalones en muy pocos segundos.

Cuando miré nuevamente al mar, no vi al fulano. Solté mi maldición favorita reservada para los casos en que sufro una avería en la carretera y me arrojé al agua.

Braceé vigorosamente y de pronto vi su cabeza. Sólo fue un instante porque enseguida se hundió otra vez. Estaba a unas seis yardas de mí. Hinché los pulmones de aire y me sumergí hacia el fondo.

Mi mano tocó una de sus piernas. Lo tanteé y lo alcancé por las axilas. Volví a la superficie llevándolo conmigo. Por fortuna para mí, él ya había perdido el conocimiento.

No pesaba mucho, unos sesenta y cinco kilos, pero yo estaba muy cansado y me costó un poco de trabajo llevarlo hasta la playa. Me tomé un respiro de unos segundos y luego me puse a hacerle la respiración artificial. El fulano debía tener de cuarenta a cuarenta y cinco años y era de cara redonda, bien rasurada, cabello rubio y cuerpo delgado. Le registré los bolsillos y encontré un llavero y una cartera. En ésta hallé unas cuantas tarjetas de visita, con el nombre de Robert Harvey, de la Harvey Company, Industrias Químicas. También encontré tres billetes de cinco dólares y dos de a uno. Eso era todo.

De pronto oí su voz.

—Maldita sea, ¿qué es lo que ha hecho?

Se estaba levantando pasándose una mano por el cabello. Su voz era estrepitosa y ya me había dado cuenta de que olía a *whisky* a pesar del agua salada.

—Se lo tomó demasiado en serio, señor Harvey —dije.

—¿Quién diablos le ha mandado meterse donde no le llaman? —me increpó.

Aquélla sí que era buena. Le salvaba la vida dos veces y ahora el tipo se revolvía contra mí.

Le devolví su cartera diciéndole:

—Ande, inténtelo otra vez. Le prometo que me estaré quieto.

Me miró y luego sacudió la cabeza.

—Perdone, amigo, estoy un poco nervioso.

Fui adonde había dejado mi ropa y empecé a vestirme. Cuando hube terminado, él continuaba sentado sobre la arena. Saqué el paquete de cigarrillos y me acerqué tendiéndole uno. No lo aceptó y yo encendí arrojando una bocanada de humo hacia las olas.

—Puedo dejarle en su casa —le propuse.

—No, gracias.

—Naturalmente, puedo llevarle a donde quiera.

—Ya se molestó bastante por mí.

—No se preocupe, me hizo un favor. Volvía al hotel para acostarme y la verdad es que no tenía ninguna gana de irme a la cama.

Me miró de soslayo.

—¿Forastero?

—Sí —le di mi nombre—. Paul Francis, de Chicago.

—¿A qué se dedica, aparte de salvar borrachos suicidas?

—Escribí un libro y una productora de Hollywood se interesó por él. Llegué ayer invitado por ellos para pasar unas semanas aquí.

Hubo un silencio.

—¿Y usted? —le pregunté.

—Robert Harvey, presidente de una compañía en quiebra.

—Ya.

Hubo una pausa.

—¿Sigue queriéndome llevar a casa? —inquirió.

—Desde luego.

—Muy bien. Iré con usted.

Fuimos adonde había dejado el coche y él me indicó que debía seguir por la carretera. Luego me hizo torcer por un camino flanqueado de árboles, que nos condujo a un portón de hierro. Harvey bajó y empujó la reja. Luego tornó a mi lado.

Los faros alumbraron al fondo una casa, rodeada por un jardín bien cuidado. No había ningún coche a la vista y el edificio permanecía totalmente a oscuras.

Hice dar la vuelta al coche frenando al pie de la escalinata. Harvey se me quedó mirando.

—Ande, suba, le invito a un trago.

Subimos arriba y él sacó un llavero y abrió la gran puerta. Aquella casa debía de haber costado lo suyo.

Cruzamos un *hall* y fuimos a parar a una biblioteca. Harvey preparó dos *whiskys* y vino hacia donde yo estaba sentado en un sillón. Parecía mucho más sereno.

Por el éxito de la película que van a hacer con su guión.

Le di las gracias y bebimos. Luego, yo me quedé observándolo

fijamente.

—Ya sé lo que está pensando, Francis —murmuró—. Usted cree que cuando de media vuelta y se largue, yo haré otro intento y que esta vez no fallaré, porque no habrá aquí nadie para echarme una mano.

Guardé silencio y él rió.

—Abandone esa idea, Francis —dijo un suspiro—. Ya no habrá más intentos. Pienso hacer frente a todo.

Hubo una nueva pausa.

—Bueno, ¿qué le parece? Diga algo.

Le sonreí.

—Creo que ahora procede juiciosamente, Harvey. Lo que hoy puede ser malo, mañana puede ser bueno.

—¿Lo dice algún personaje en su novela?

—No, me temo que no.

En ese instante la puerta se abrió y volví la cabeza. Vi enmarcada una mujer rubia. Parecía una figura etérea, un ángel bajado del cielo o una aparición o quizá fuese un demonio enviado por Lucifer para tentar a los hombres, porque ella era la mujer más hermosa que yo había visto en mi vida. Se cubría con un salto de cama de color azul pálido. Era muy esbelta, rubia, de un óvalo perfecto en el que destacaban unos ojos verdes muy grandes y brillantes, la nariz recta y unos labios bermellón. Sus senos eran altos, erguidos, la cintura muy estrecha y las piernas largas rematadas en anchas caderas.

—Hola, Bob —dijo al hombre.

—¿Qué tal, querida? —contestó Harvey—. ¿Cómo está mi mujercita esta noche?

Noté un dejo de ironía en su voz.

—Tienes la ropa mojada.

—Oh, sí, aposté con mi amigo a que era capaz de coger con los dientes una moneda en una piscina. Gané, ¿sabes?

La rubia volvió la cara hacia mí. Yo ya hacía rato que estaba de pie observándola.

—Es Paul Francis, un buen amigo... Paul, te presento a mi mujer, Cris.

Ella hizo una inclinación de cabeza.

—¿Cómo está, señora Harvey?

—Perfectamente —volvió a mirar a su marido—. ¿No es un poco tarde, Bob? Estoy recordando que mañana has de ir muy temprano a San Francisco.

Bob se rascó junto a una oreja.

—Mis queridos socios de San Francisco. Por irnos instantes había llegado a olvidarlos.

—Yo me retiro —dije.

—Oh, tienes que venir otro día, ¿eh, Paul? —dijo Harvey—. Yo regreso dentro de tres días, así que el viernes puedes comer con nosotros, ¿verdad, Cris?

—Desde luego.

—No sé si podré, tengo muchas ocupaciones.

—Oh, no, Paul —dijo Francis sonriendo—. Faltan muchos días y para entonces podrás hacer un lugar.

—Lo siento, yo...

No insistas, Bob —dijo rápidamente la señora Harvey—. Ya te ha dicho que va a estar muy ocupado.

Tendí la mano a la hermosa rubia.

—Encantado de conocerla, señora Harvey. Adiós, Bob —cambié otro apretón con él—. No hace falta que me acompañes, conozco el camino.

Salí sólo de la casa y me metí en el coche, alejándome de allí muy aprisa.

Durante el camino al hotel no dejé de pensar en la hermosa señora Harvey y, aun después, en la cama, me costó mucho trabajo conciliar el sueño.

Había dejado encargado en el *comptoir* que me llamasen a las ocho, ya que a las ocho y media la productora que tenía en estudio mi libro había quedado en enviarme a uno de sus empleados de relaciones públicas.

Me despertaron a la hora indicada y tomé una ducha fría y otra caliente. Estaba desayunando cuando sonó el teléfono. Era del *comptoir*. Una voz untuosa me anunció:

—Hay una señorita que lo espera en la terraza.

Terminé de desayunar rápidamente, alcancé mi cartera y salí del apartamento. En la terraza había media docena de mesas ocupadas. Busqué con la mirada la señorita que me había sido anunciada, pero sólo había una mujer sola junto a la baranda, sentada a una mesa.

Ella también me vio a mí y me dirigió una sonrisa. Caminé en su dirección y me detuve muy cerca.

—¿Es usted quien me espera, señora Harvey?

—Sí.

—El del *comptoir* se equivocó, me habló de una señorita.

—Fue mía la culpa. No lo aclaré.

Me senté frente a ella.

Estaba realmente más hermosa, si esto era posible. Ahora, a la luz del día, la pude ver bien y calculé que no tendría más de veintisiete años.

—¿Se fue Bob a San Francisco? —inquirí.

—Sí y no es necesario que siga la comedia.

—¿La comedia? —repetí mirando sus grandes ojos.

—Usted y mi marido no se conocían antes de anoche.

—¿Se lo confesó él o hizo usted de detective?

—Pura deducción. Robert jamás se había referido a usted.

—Estupendo. Él y yo nos conocimos anoche. ¿Hay algo de malo en ello?

Se echó atrás en la silla y quedóse observándome atentamente.

—Usted no hizo esta apuesta ridícula con él acerca de la moneda en la piscina.

—¿Cómo está tan segura?

—Usted es un hombre serio, no haría esas cosas —abrió un bolso y exhibió mi libro, el que me había sacado del anonimato proporcionándome cierta fama, al menos de momento—. He leído dos capítulos.

—Llegó muy lejos. Sé de alguien que se quedó en la segunda página.

—No me ha comprendido bien. No he podido leer el resto. Lo compré esta mañana.

—Se dio mucha prisa.

—Su cara me recordó a alguien anoche y finalmente supe por qué. Había visto su fotografía en un suplemento literario.

¿Se interesa por la literatura?

—Por favor, señor Francis, no nos apartemos del principal motivo de mi visita.

—Muy bien, adelante.

Hubo una pausa mientras guardaba el libro en el bolso.

—Usted salvó a mi marido.

Yo no le dije nada y ella prosiguió:

—Robert intentó suicidarse, ¿verdad?

—¿Por qué no se lo pregunta a él, señora Harvey?

—Hay cosas que entre un marido y su mujer no se deben hablar.

Bob pensó que si me hacía una confesión yo podría sentirme decepcionada respecto a él.

—Muy bien, señora Harvey. Usted acertó. Intentó suicidarse, pero estoy seguro de que no volverá a repetirlo.

—¿Por qué está tan seguro?

—Su marido necesitó emborracharse para dar ese paso.

—Puede emborracharse otra vez.

—Señora Harvey, ¿hay alguna cosa que no vaya bien entre ustedes? Seré más claro. Bob me habló de que sus negocios andaban mal.

—Bob y yo nos queremos. Llevamos cuatro años casados. Entre nosotros existe una absoluta compenetración. El único culpable de la conducta de Bob es su negocio. No le fue bien últimamente. Realmente, hay muchos que se encuentran en el mismo caso de mi marido, pero Bob siempre me ha querido rodear del mayor lujo. A mí me pareció magnífico cuando podía costearlo, pero luego yo misma le indiqué la conveniencia de vender nuestra casa e irnos a vivir en un lugar menos lujoso. Bob no quiso oír hablar siquiera de ello —sonrió—. Es un chiquillo, ¿sabe? Cuando discutimos acerca de ese tema siempre me recuerda que prometió tenerme como a una reina.

—Entonces, ¿cuál es el verdadero motivo de que usted haya venido a verme, señora Harvey? Usted dedujo por su propia cuenta que su marido había intentado suicidarse, tuvo la seguridad de que no le hacía falta mi confirmación...

—Sí, está en lo cierto, No es ésa la causa. Verá, se lo contaré. Creo que le voy a aceptar uno de sus cigarrillos.

Le ofrecí la llama del fósforo y para encender tuvo que coger mi mano y yo sentí la suave tibieza de su piel. Me estremecí y ella levantó los ojos para mirarme. Seguidamente dijo:

—Bob no ha tenido jamás un amigo y anoche observé algo nuevo en él.

—¿El qué, señora Harvey?

—Que usted puede ser ese amigo que siempre le ha faltado, el que todo hombre necesita.

—Creo que a un hombre le basta una mujer, especialmente si esa mujer es hermosa y bella.

—Gracias, señor Harvey, pero nosotras no nos bastamos a veces. Me atrevo a decir que hay momentos en que somos verdaderos obstáculos. Observe usted lo que ocurrió anoche. ¿Fui yo una ayuda para Bob? No, no lo fui. Todo lo contrario. Quizá, si él se hubiese encontrado solo, no habría hecho lo que hizo, pero estaba yo y pensó en lo que significaría para mí su ruina. Fui un obstáculo que se interpuso entre él y su vida.

No le faltaba razón. Aquella mujer además de bella, sabía usar la cabeza.

—Quiero que venga a casa —prosiguió—, que sea su amigo. Estoy segura de que podrá influenciar en él, señor Francis.

—Lo siento, señora Harvey, pero me temo que mi estancia en Hollywood puede ser muy corta.

—Leí también la Prensa de esta mañana, señor Francis. Al parecer, le van a contratar para que haga usted el guión de su libro.

—Es lo que me propusieron, pero yo no he aceptado.

—¿Por qué?

—No soy un guionista. Yo sólo escribí la novela. Quiero que me paguen lo convenido y regresar a mi casa.

—¿Casado?

—No.

—¿Prometido?

—Tampoco. No tengo a nadie, señora Harvey. Vivo solo en mi departamento, allá en Chicago. Hace dos años estaba dedicado a la venta domiciliaria de aparatos para el hogar. En mis horas libres empecé a escribir cuentos para revistas. Me publicaron algunos y, bueno, eso fue el comienzo.

Ella se humedeció el labio inferior con la lengua.

—Comprendo —sonrió—. Siento haberle hecho perder su tiempo. Yo esperaba mucho de usted y confieso ahora que no tenía ningún derecho...

Se puso en pie y yo también aparté la silla.

Me tendió la mano.

—Adiós, señor Francis. Procuraré arreglarlo por mí misma.

Cambiamos un apretón y después de dedicarme otra sonrisa, echó a andar alejándose de la mesa.

Yo la seguí con la mirada, observando el suave balanceo de sus caderas, y sentí una depresión cuando ella desapareció de mi vista. No supe por qué me ocurrió esto. Ella no podía significar tanto para mí si apenas la conocía. Sólo la había visto dos veces. Sí, era una mujer extraordinaria, pero ¡infiernos!, debía de olvidarla cuanto antes.

Un botones voceó mi nombre.

Acudí a su encuentro y me dijo que un tal señor Gilbert me estaba esperando.

Gilbert resultó ser el empleado que los estudios me enviaban. Era un tipo delgado, alto, bien parecido, que se cubría con un traje de corte impecable. Se mostró la mar de amable y me invitó a seguirlo a un descapotable que nos esperaba en la playa de estacionamiento del hotel.

No dejó de hablar durante todo el trayecto, pero yo le presté muy poca atención.

De vez en cuando me señalaba alguna de las casas en que vivía algún actor o actriz famosa.

Llegados a los estudios, fui introducido en el despacho del jefe que se las ventilaba conmigo en el asunto del libro. Era un tipo alto, de cabello blanco, que parecía estar en el mundo para sonreír.

—¿Ya se lo ha pensado, señor Francis? —preguntó alegremente después de las primeras frases de saludo.

¿Por qué esa insistencia en que yo sea guionista de mi propio libro? —repuse—. Ustedes tienen personal especializado que lo hace muy bien.

Me apuntó con un dedo.

—Escuche, amigo. Admito que nosotros tenemos buenos guionistas capaces de llevar su libro a la pantalla, pero usted es el autor y ha puesto algo especial en sus páginas que es lo que ha hecho que el libro se venda. No ha sido su argumento, sino, ¿cómo diría yo?, cierto hálito, ese calor humano con que usted rodea a cada uno de los personajes y es lo que nosotros queremos que la película conserve. Nuestros técnicos son magníficos, señor Francis, pero sólo usted podría dar al guión ese toque de calidad humana que deseamos para el filme.

El día antes había decidido contestarles negativamente. Ya les había advertido a ese respecto. No me gustaba la perspectiva de volver a enfrentarme con mis personajes.

Y así fue como firmé.

Pero eso había sido un millón de años antes.

Fue una mañana estupenda y sobre las once y media abandoné el estudio con una copia del contrato en mi cartera.

Me senté ante el volante del coche que la productora había puesto a mi disposición y permanecí pensativo, pero sólo fue unos instantes. Luego supe a dónde tenía que ir.

CAPÍTULO II

El portón estaba cerrado y tuve que descender para abrirlo. Al dar la vuelta el coche para detenerlo junto a la escalinata, oí la voz de ella que me llamaba a lo lejos.

Avancé hacia la piscina y cuando ella apareció en la superficie braceó hacia el borde.

—Vamos, deme la mano —dijo sonriendo.

Le di la mano y la ayudé a subir.

Se quitó el gorro blanco de plástico y ahora, al reflejo del sol, me pareció que su cabello era del color del champaña.

Dejó de sonreír poco a poco y entonces me di cuenta de que yo la estaba mirando con demasiada insistencia, pero ella también me miraba a mí.

—Decidí quedarme, Cris.

—Oh, eso es estupendo.

Me pasé el dorso de la mano por la mejilla, porque no sabía qué decir.

—Ande —dijo ella, señalando un lugar situado a mis espaldas—. Vaya allá, encontrará unos *shorts* a su medida. Estoy segura de que le vendrá bien un baño.

Sacudí la cabeza y fui a la caseta. Me cambié rápidamente, y, tal como ella dijo, encontré los *shorts* a mi medida.

Salí afuera. Cris estaba tomando el sol sobre el césped.

Ella me vio llegar y dijo:

—¿Quiere prepararme un *whisky*?

Había una mesa rodante con un buen servicio de bar. Preparé dos *whiskys*, a los que agregué unos cubitos de hielo y me senté al lado de ella. Bebimos en silencio y luego Cris me miró.

—Estoy segura de que Bob se alegrará mucho cuando le vea a

usted.

No hice ningún comentario. Diablos, Bob me importaba un comino, era por ella por quien había hecho todo aquello y por quien estaba allí.

Empecé a darme cuenta de que había dado un paso en falso. Aquél sólo podía ser el comienzo. Escuché una voz interior.

«Todavía estás a tiempo, Paul. Después de todo, es la tercera vez que la ves. Vamos, muchacho, métete en esa piscina y nada un rato para no hacer el ridículo, luego sal y despídete de ella con cualquier excusa. Se te está metiendo en la sangre, Paul. Nunca te ha ocurrido antes de ahora y ella ya tiene su hombre». Pero luego oí otra voz:

«¿Por qué has de irte, Paul? Eso es ridículo. No eres ningún niño. La rubia te gusta, pero ¿qué va a pasar con eso? Eres un tipo que sabes dominarte. ¿No te sienten —tes otro a su lado? Con eso te bastará. Con verla un poco cada día. Será un gran estímulo para tu trabajo. No existe nada vergonzoso en tus relaciones con Cris. Estamos en el siglo xx y ella misma fue a buscarte al hotel. Fue Cris quien te lo propuso, no tienes nada que recriminarte».

De pronto, ella interrumpió mis pensamientos.

—¿En qué piensa, Paul?

En usted.

Sus mejillas se tiñeron bruscamente de rubor y eso fue algo maravilloso. Me apresuré a decir:

—Quiero decir que me gustaría saber más acerca de usted.

—Oh, hay poco que contar. Mi vida ha sido bastante vulgar.

—Apuesto a que no.

—Soy de Saratoga, Kentucky. Allí me crié hasta los dieciséis años. Luego quise ser independiente y aprendí un curso de secretaria en Springfield. Empecé a trabajar en una firma de aquella ciudad. Hace cuatro años se celebró allí una convención de industriales químicos y durante esos días conocí a Bob. Salimos juntos y, bueno, lo demás ya se lo puede imaginar. Nos casamos unos días más tarde, al terminar la convención, y vinimos acá. Ésa ha sido mi vida. ¿Ve usted qué vulgar? Clara y diáfana como el agua de un riachuelo.

Dejamos transcurrir unos minutos. Me levanté por más *whisky* y fumamos seguidamente.

Me gustaba aquel silencio que nos rodeaba. De pronto miré a la

casa preguntando:

—¿No tiene ningún criado?

—Sólo nos queda una cocinera y su marido. Hemos ido despidiendo poco a poco a la servidumbre. Bob no era partidario de ello, pero yo me di cuenta hace tiempo de cómo iban las cosas y he aprovechado sus ausencias para reducir gastos.

—¿Por qué le van mal las cosas a su marido?

—Oh, es una crisis general. Los negocios fueron bien cuando la guerra de Corea, pero luego empezaron a ir mal, y uno de los afectados fue el de mi marido. Los Bancos restringieron los créditos y ahora se los han negado en absoluto. Esto parece ser ya el final.

Miré la ceniza de mí cigarrillo.

—¿Y qué harán ustedes ahora?

—Venderemos la casa. Bob habló de ir a establecerse a mi pueblo de Kentucky. Al menos no creo que nos muramos de hambre. —Se puso en pie—. ¿Recuerda que ha de tomar el baño?

Le sonreí, asintiendo.

Nos arrojamos al agua y el resto de la mañana se deslizó en un suspiro.

Cuando salimos del agua, ella dijo:

—Tengo un apetito feroz.

—Le invito a comer —dije.

Volvió la cabeza para mirarme, sonriendo alegre como una niña.

—Conozco un sitio que le gustará.

—Andando.

El sitio resultó ser maravilloso. Estaba frente a la isla de Santa Catalina y era una especie de parador milagrosamente prendido a las rocas.

Había una orquesta que tocaba música hawaiana.

Permanecimos toda la tarde allí, y luego, cuando el sol se estaba poniendo, tomamos al coche.

En el camino a la casa la miré varias veces y la vi con la cabeza sobre el respaldo, cerrados los ojos como si durmiese.

No; no quería entrar, pero ella insistió en que debía acompañarla a tomar un *whisky*.

Nos encontramos a solas en la biblioteca. Ella preparó los vasos, y mientras lo hacía me di cuenta de que la señora Harvey había bebido demasiado. Había estado tan pendiente de su cara, y sus

menores gestos, que no me había dado cuenta de ello. Se lo dije:

—La última copa es la que hace siempre daño.

Ella rió, bebiendo el contenido de su vaso hasta la última gota. Luego hizo funcionar el tocadiscos y se puso en el centro de la habitación con los brazos levantados ofreciéndoseme.

—Anda, Paul, quiero bailar esto.

Era algo cantado por Vic Damone.

Nos deslizamos por el piso, pero ella lo hacía torpemente. Vi en sus ojos brillantes lucecillas.

—¿Cuánto mides, Paul?

—Uno ochenta y siete.

—Eres un buen mozo.

—Gracias.

—Pero no eres guapo.

—No, no lo soy —sonreí.

—Aunque tienes cierto atractivo —me miró fijamente—. Sí, señor, tienes un gran atractivo.

—Me va a embrujar, señora Harvey.

—¿Sabes cuánto mide Bob?

—Uno sesenta y siete, me imagino.

—Uno sesenta y cinco —dijo ella, y se le enredó la lengua—. Es casi un enano.

—Yo no diría tanto.

—¿Y qué clase de atractivo tiene...? Anda, dímelo.

No me gustaba el giro de la conversación.

—Anda, Cris, vete a la cama —le dije—. Mañana vendré por ti a la misma hora. No me contestó. Había apoyado su cabeza en mi hombro y parecía dormir. Sus labios estaban entreabiertos, húmedos y rojos. Pero ella era de otro hombre y no la besé.

—Cris —la llamé junto al oído.

Ella pareció despertar, y me miró parpadeante.

—Oh, Paul, ¿por qué te detienes ahora? Continuemos bailando.

—Es muy tarde, no estamos solos, hay dos criados en casa, ¿lo recuerdas?

—Oh sí, ellos duermen. Se acuestan muy temprano. No seas aguafiestas, Paul.

—A Bob no le gustaría.

—Deja a Bob tranquilo —se apartó de mí de un tirón y recorrió

la distancia que la separaba de la bandeja. Se preparó un *whisky*.

—No bebas más, Cris —dije, pero no me hizo ningún caso.

Levantó su vaso.

—Por los cien mil dólares —dijo.

Fruncí el ceño. Estaba peor de lo que yo suponía.

Bebió un trago y se me quedó mirando sonriente.

¿Qué montón hacen cien mil dólares, Paul?

—No lo sé. Nunca los he visto juntos.

—Lo suponía. —Dijo y echó a andar hacia mí, pero se detuvo otra vez a medio camino sin dejar de observarme—. Yo los puedo tener.

—Claro que sí —le dije sonriente—. Los tienes guardaditos debajo de un árbol del jardín.

—No, Paul, no están en el jardín ni en ningún lugar de esta casa, pero los tiene alguien, una compañía de seguros.

Hice una mueca. No sabía de qué estaba hablando, pero sentí un escalofrío en la espalda.

—Será mejor que continuemos mañana nuestra conversación. Adiós, Cris.

—La compañía de seguros es la Chase Limited, justamente con la que mi marido firmó una póliza de vida hace siete meses.

No me atreví a decir nada.

Ella rió.

—¿Te das cuenta, Paul...? Eres el culpable.

—¿El culpable de qué?

—De que yo no posea en estos momentos cien mil dólares —rió otra vez—. Tú lo impediste salvando a Bob.

Bebí un trago y la miré otra vez. Ella no había dejado de observarme. Sus ojos brillaban más que antes.

—¿Lo has oído, Paul?

—Sí.

—La póliza incluye el suicidio, y es justamente lo que Bob iba a hacer, quitarse la vida, y eso para mí significaban cien mil dólares.

No, no tenía nada que decir. Estaba demasiado sorprendido.

—¡Maldito seas! —gritó de pronto, tirando el vaso contra el suelo—. ¡Te odio! ¡Te odio con todas mis fuerzas...! ¡Yo podía haber cobrado esa montaña de dinero y tú tuviste que estar allí...! ¿Por qué no lo dejaste ahogarse? ¿Qué te importaba a ti? ¿Acaso le

conocías? Si él debía morir, debiste haber pensado que tendría sus motivos.

Eché a andar hacia la mesa del fondo y dejé el vaso sobre ella. Cris giró bruscamente hacia mí.

—Habla, Paul.

Me acerqué otra vez a su lado sin dejar de mirarla a la cara.

—No hay nada que hablar.

Luego seguí andando hacia la puerta.

—¡Paul, ven aquí!

Seguí andando.

—¡Paul, quiera que vengas! ¡Párate, Paul!

Salí afuera y cerré a mi espalda. Necesitaba respirar oxígeno, me hacía mucha falta, pero no quería que fuese el de aquel jardín.

Me metí en el coche y abandoné al casa a toda velocidad.

Regresé al hotel y tomé una ducha fría. Cuando me encontré tendido en la cama persistía en mi imaginación aquella escena en que aparecía Cris, furiosa, encolerizada, el vaso roto a sus pies, maldiciéndome porque no había dejado morir a su marido.

Por fin pude conciliar el sueño.

A la mañana siguiente desperté con un fuerte dolor de cabeza. Tomé otra ducha y desayuné muy poco, porque no tenía apetito. Ya había decidido lo que tenía que hacer. No volvería jamás a la casa de los Harvey.

Una vez me encontré a solas en mi oficina, me puse a trabajar, pero tuve que romper tres cuartillas antes de que lograra la primera con algún valor positivo.

Luego la cosa fue un poco más fácil.

Estaba oscureciendo cuando decidí suspender mi tarea hasta el día siguiente. Fui al hotel, y después de ducharme empecé a vestirme. Había pensado ir a algún club nocturno donde pasar la noche.

Sonó el timbre de la puerta. Estaba peinándome frente al espejo del cuarto de baño y lancé una voz autorizando la entrada. Oí cómo se abría la puerta y se cerraba.

Terminé de peinarme y salí afuera en mangas de camisa. Ella estaba recostada contra la puerta. Se cubría con un vestido de noche sin breteles, que la hacía más hermosa.

—No viniste esta mañana, Paul.

Me puse la corbata y la chaqueta sin hacer un solo comentario. Ella volvió a hablar.

—Dije anoche, cosas terribles, ¿verdad, Paul? —Es posible.

—Bebí demasiado.

—Ajá.

—Sé que pensarás mal de mí, pero no debes hacerlo.

—¿Tú crees?

—Debo decirte algo muy importante.

—Ahórratelo.

—No estoy enamorada de mi marido. Nunca lo estuve.

Me quedé muy serio mirándola.

—Estupenda noticia.

—No seas sarcástico, Paul.

—No soy sarcástico. ¿Por qué te casaste con él?

—Creí que Bob era millonario. Tenías que haberlo conocido como yo. Hablaba de su residencia en Hollywood, de su piscina, de sus tres coches... No te lo conté todo ayer. Es cierto que hice un curso de secretaria, pero mi vida fue siempre miserable. En mi casa éramos ocho. Mi padre sólo era un minero que trabajó toda su vida para darnos un trozo de pan.

—Hay miles de mineros que trabajan para darles un trozo de pan a sus hijos y ninguno de ellos siente vergüenza de sus padres.

—No se trata de eso, Paul. ¿Es que no te das cuenta? Harvey se mostró ante mí como el príncipe maravilloso de mis sueños.

—Estoy harto de oír esas cursilerías.

—No fueron cursilerías, Paul. Pensé que, después de todo, él me podía dar todo lo que me había faltado, todo lo que había echado de menos en mi vida, y que con él podría tener un futuro. ¿Qué mujer en mi lugar no lo habría aceptado?

Muy bien, lo aceptaste. Fue un juego, ¿verdad?

—Sí, quizá sí.

—Todo juego tiene su riesgo y si ahora perdiste has de conformarte.

Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza levantándola ligeramente.

—Sí, Paul, pero, por favor, no te alejes de mí.

—Es lo mejor que puede ocurrir.

—¿Por qué?

—Lo sabes perfectamente. Me he enamorado de ti, Cris.

—Oh.

—¿Es que te sorprende?

Se pasó una mano apretándose las sienes.

—Yo no sé siquiera lo que me puede sorprender.

Caminé hacia ella y la cogí por los brazos.

—¿Qué clase de mujer eres tú?

Me miró fijamente y fue ella ahora quien guardó silencio.

—¿A qué has venido, Cris?

—A disculparme y a preguntarte si me invitas otra vez.

—¿Sólo a eso? —dije irónico—. ¿Y qué pasará después?

—¿A qué te refieres?

—¿Vas a beber también una copa de más como anoche?

—He supuesto que tú me lo impedirías.

—Pero, naturalmente, tú beberías a pesar de todo y más tarde se volvería a repetir la escena.

—¿Qué quieres decir, Paul?

—Me pedirías que matase a tu marido.

—Oh, no, Paul.

—Te ha salido casi perfecto. Sí, ha sido mucho mejor eso. Podrías haber dicho: «Oh, qué monstruosidad, Paul, ¿cómo puedes pensar eso de mí...?». Pero no esa frase tan corta, «Oh, Paul» es mucho mejor. Infiernos, haría un buen negocio contratándote para hacer mi próxima novela.

Se mordió el labio inferior cerrando los ojos. Aquello me puso más nervioso y la zarandeeé.

—¡Quítate la máscara Cris!

—¡Déjame, por favor, Paul!

—Confiesa que lo ibas a decir.

—Te equivocas.

—Resulta casi gracioso eso de que me equivoco. Si anoche no me hubiese ido de tu casa me lo habrías propuesto, ¿verdad, Cris?

—Ya te he dicho que anoche no sabía lo que decía.

—Pero me hubieses hecho la oferta. «Anda, Paul, mata a mi marido y tendremos cien mil dólares...».

—Es horrible que pienses eso de mí.

—Déjate de historias. No estás representando ahora.

Me quitó las manos de sus brazos y luego trató de sonreír, pero

lo hizo muy amargamente.

—He sido yo la culpable por haber venido aquí.

—Sólo te faltan un par de lagrimitas.

—No, no voy a llorar, Paul. Repito que soy la culpable. ¿Qué podías pensar tú después de todo lo que dije? Adiós, Paul.

Salió por la puerta y yo la vi marchar sin decir una sola palabra. Quedé a solas en la habitación sintiendo que en mi cuerpo se hacía un terrible vacío.

Salí más tarde y fui derecho a un club nocturno. Bebí dos *whiskys* dobles y pedí la carta. Apenas probé bocado. Traté de arreglarlo bailando con una pelirroja. La chica era bonita, pero la velada fue un desastre a pesar de todos los esfuerzos de ella por animarme.

Al día siguiente me dediqué de lleno a mi trabajo. No quería pensar en Cris y casi lo conseguí.

Por la noche estaba muy cansado y me quedé en el hotel durmiendo.

El día siguiente no fue muy distinto del anterior. Por la tarde había hecho casi una cuarta parte del guión. El jefe de producción de la película vino a echar otro vistazo. Me corrigió un par de cosas, pero, en general, se mostró muy satisfecho de mi trabajo. Me invitó a ir a comer a su casa. Habrían artistas de cine y otros escritores. Acepté de buena gana porque pensé que lo que necesitaba era un poco de diversión. No lo pasé mal del todo y cuando regresé al hotel era muy tarde.

Hacía más de cuarenta y ocho horas que no veía a Cris Harvey. Ella debía estar en su casa con su marido. Eso lo pensaba en el hotel mientras me desvestía y me asusté al comprobar que la ira me corroía las tripas. ¿Ira contra quién? Sí, contra los dos, contra Cris y contra Bob Harvey.

Me había llevado una botella de *whisky* a la habitación y tomé una gran dosis y luego otra y, finalmente, una tercera. Cuando me encontré empapado como una esponja, me tumbé en la cama y me dormí.

Al día siguiente desayuné en el bar del hotel. Me disponía a pagar para marcharme hacia el estudio cuando llegó un hombre con un diario en la mano. Se sentó en un taburete a mi lado y dirigióse al mozo.

—Infiernos, la viuda es algo serio. ¿Lo viste, Joe?

Pasó el periódico por encima del mostrador. Yo, justamente tenía el billete en la mano para dárselo al mozo, el cual observó el lugar que el recién llegado le indicaba.

El empleado lanzó un silbido de admiración.

—Cris Harvey —dijo—. Bella mujer.

Sentí un estremecimiento.

El mozo añadió:

—¿Qué pensaría ese tipo para arrojarle a la piscina con una piedra atada a los pies?

El otro se quedó pensativo, diciendo:

—A mí también me gustaría saberlo.

Dejé el billete sobre el mostrador y me fui de allí sin esperar el cambio. Ya en la calle, compré un periódico y me metí en otro bar para leerlo.

CAPÍTULO III

La noticia no había merecido la primera página, estaba en la segunda, y ni siquiera ocupaba mucho espacio. Después de todo, Robert Harvey no era ningún actor famoso. Sólo se decía que el industrial Robert Harvey se había suicidado en la piscina de su casa atándose una piedra a los pies. Su viuda estaba desconsolada.

La señora Harvey, una vez personada la policía en la casa, declaró que la noche anterior su marido se había despedido de ella diciéndole que se dirigía a Los Angeles. Incluso le había visto marchar en su coche. Cabía suponer que Robert Harvey había regresado a su casa aquella misma noche.

No había nada más. Doblé el periódico y bebí un trago del *whisky* que había pedido al mozo.

«¿Qué dices a eso, Paul? ¡Ella, al fin, se ha salido con la suya! Va a tener los cien mil dólares. Naturalmente, Robert Harvey no se había suicidado tú se lo quitaste de la cabeza. Ha sido ella quien lo ha hecho. No sabes de qué forma, pero es seguro que ha sido Cris. ¿Y si ha conseguido al fin que alguien la ayudase? Intentó convencerte, pero falló contigo y Cris es muy hermosa. Debe haber muchos que harían una cosa así por ella. Desde que se separó de ti hasta el momento del crimen, Cris ha tenido mucho tiempo para buscarse un cómplice». Encendí un cigarrillo.

«Está bien, Paul. ¿Qué pruebas tienes contra ella? Anda, dilo, ¿qué pruebas?».

Bebí de un trago el *whisky* que me quedaba en el vaso y después de abonar la cuenta salí del local.

Me encerré en mi despacho y me puse a pasear de una pared a otra.

Al cabo de una hora estaba paseándome y ni siquiera había

escrito una letra del, guión.

Busqué el número de Harvey en la guía y lo disqué.

—Casa de las señora Harvey —dijo una voz carrasposa.

—Quiero hablar con ella.

—Lo siento, pero la señora no puede atenderle.

—Dígale que la llama Paul Francis.

—Lo siento.

—Paul Francis, dígame el nombre a ella. Espero.

Dejaron el auricular y transcurrieron un par de minutos. Luego volví a oír la voz:

—La señora Harvey no puede atenderle, señor Francis.

Colgó antes de que pudiese empezar a protestar.

Permanecí unos instantes en la cabina sonriendo a la pared.

«No puedes atenderme, ¿eh Cris? Claro que no. Yo soy el único que sabe la verdad. Bueno, quizá también haya alguien que esté al corriente. El tipo que te ayudó a desembarazarte de tu marido. Sí; es un estupendo secreto compartido por tres». Salí de la cabina y regresé al coche. No tenía ganas de volver al estudio.

Minutos más tarde viajaba por la carretera que corría paralela a la playa. Llegué muy lejos, hasta La Jolla.

Cuando regresé ya era de noche.

El portón estaba abierto, e hice avanzar el coche por el camino enarenado hasta la escalinata.

Salté y miré a mi alrededor.

No, no había otro coche a la vista.

Fijé la mirada en la piscina. No tenía agua. Me detuve junto al borde. Allí, en el fondo, había estado descansando Robert Harvey hasta que su linda mujercita le tocó con una mano cuando tomaba el baño.

De pronto me sobresalté al oír un ruido a mis espaldas. Giré bruscamente y vi a un hombre de piel aviejada y mirada fija que me estaba observando.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó con voz lúgubre.

—El portón estaba abierto.

—Márchese, por favor.

—¿Cuál es su nombre, amigo?

—Mason, Cary Mason.

—Muy bien, Mason. No pienso marcharme sin ver a la señora...

Ah, y no hace falta que me anuncie.

Pasé por su lado y me dirigí a la casa.

El criado trotó detrás de mí.

—No tiene derecho a hacer eso. La señora Harvey está muy dolida.

Sentí deseos de reírme, pero me contuve.

La puerta estaba entreabierta, porque, naturalmente, Mason acababa de salir por ella.

En el vestíbulo me cogió por un brazo.

—Por favor señor Francis.

Me volví hacia él.

—Ah, de modo que conoce mi nombre.

—Le vi con la señora el otro día, y, bueno, reconocí su voz cuando me habló por teléfono —hizo una pausa—. Se lo ruego, señor Francis, no insista, la señora Harvey no puede verle.

Di un tirón desasiéndome de él y subí por la escalera.

Mason desistió de acompañarme. Arriba había un corredor que tenía dos puertas a cada lado. Abrí la primera. No había nadie. Con la segunda tuve más suerte. Ella estaba junto a la ventana y giró al oírme llegar. Se cubría con un vestido negro y al verla me dije que yo no había conocido a una mujer que le sentase más bien el luto.

—Enhorabuena —dije.

Ella encendió las mejillas y su respiración se hizo arrítmica.

—Si con ello has quedado satisfecho, te ruego que me dejes sola.

Pero no me marché. Di unas fuertes chupadas al cigarrillo y exhalé el humo.

—¿Crees que con eso quedará todo arreglado, Cris?

—No te comprendo.

—Si yo guardase silencio, sería un cómplice tuyo.

Abrió más los ojos y me señaló con el dedo.

—Entonces tú crees que yo... —se interrumpió.

—Estarnos a solas, nena, y no es necesario que lleves tu representación a ese extremo.

—¡No quiero escucharte!

—He venido solo para decirte que no debiste hacerlo o, al menos, debiste llevártelo muy lejos.

—Escúchame bien, Paul; yo no tengo nada que ver con la muerte de Bob.

Absolutamente nada.

Solté una risita.

—Ya no te puedo creer, Cris.

—No me importa que me creas o no.

—Pero, naturalmente, aceptarás los cien mil dólares.

—Nadie que estuviese en mi lugar renunciaría a ellos.

—Supongo que no.

—Pensé que él había abandonado la idea después de que tú le salvaste. Ésa es la verdad.

—Deja tranquila la verdad. Tú no sabes lo que es eso, nena, y, posiblemente, nunca lo has sabido.

—La policía no tiene duda alguna acerca de que se trata de un suicidio.

—Yo no soy la policía.

—Ignoro lo que habrá pensado tu emponzoñada mente, Paul.

—No lo ignoras. Tú sabes lo que yo pienso. Mataste a tu marido, o bien alguien lo hizo, comisionado por ti.

—No podrás probar nada porque todo es falso.

Hubo una nueva pausa.

—¿Has hablado ya con los del seguro, Cris? —pregunté.

—Sí.

—¿Y qué te han dicho?

—Mañana enviarán a un inspector. Será pura rutina.

—Quizá ese inspector se encuentre con una sorpresa.

—¿Vas a hablar con él?

—Sólo cuando sea necesario.

—¿Y si te juro que soy inocente? ¿Que todo cuanto he contado a la policía es verdad, que Bob se despidió de mí diciéndome que se iba a Los Angeles para ventilar un negocio y que cuando le toqué en el fondo del agua creí morirme?

—No te valdría de nada —contesté, sacudiendo la cabeza.

—¡Es absurdo! ¿Piensas que soy una asesina?

—Fuiste tú quien lo sugeriste.

—Sólo te hablé de la existencia de una póliza de vida de cien mil dólares y que al salvar a Bob me impediste tomar posesión de esa fortuna. Y cuando dije eso estaba bajo los efectos del alcohol.

—Es posible que no estuvieses muy serena, pero fuiste sincera y eso es lo importante.

Alargué la mano hacia el tirador y lo hice girar.

—¿Qué vas a hacer, Paul? —preguntó ella.

—Quiero dejar las cosas bien aclaradas.

—Vas a cometer un error.

—He cometido muchos a lo largo de mi vida, pero éste no va a ser uno de ellos.

—Por lo que más quieras, Paul, deja las cosas como están.

—No, nena. No me lo perdonaría nunca.

Abrí la puerta y salí de allí cerrando a mis espaldas. Permanecí unos instantes quieto observando el corredor vacío.

A mis espaldas, del interior de la habitación, me llegaron unos sollozos.

«Anda, llora, te creías muy segura con tus cien mil dólares y ahora los ves en peligro, piensas que están muy lejos, ¿verdad?, y que quizá nunca los podrás atrapar y tal pensamiento es lo que hace arrancar lágrimas a tus ojos, la posibilidad de que después de matar no te sirva de nada y sigas siendo pobre toda tu vida». Volví al coche y abandoné la casa...

Bien, sólo tenía un camino a seguir: la policía. No me gustaba aquel paso, pero no tenía otra salida.

Corrí por el camino flanqueado de árboles, cuando de pronto, al doblar la curva para llegar a la carretera vi cruzado un coche. Frené a tiempo de evitar el choque.

Apenas mi carro hubo quedado inmóvil apareció un hombre por la ventanilla de la izquierda. Tenía una pistola en la mano con la que me apuntó a la cara.

—Hola, chico —dijo.

Solté una maldición para mis adentros por haber sido tan ingenuo. Cris debió pensar que, tarde o temprano, me dejaría caer por allí y había tomado sus precauciones. Y yo, estúpidamente, no sólo me había metido en la trampa, sino que había ido a su casa a decirle lo que pensaba de ella. Así, de esa forma, si tenía alguna duda yo se la había disipado.

—¡Vamos, sal del coche! —ordenó el tipo de la pistola.

Salté fuera y sentí pasos a mi espalda y vi que otro fulano había dado la vuelta por la parte trasera de mi coche y venía hacia mí. También él esgrimía una pistola en la diestra.

Los dos eran de fuerte constitución, con traza de matones

profesionales.

—¿Qué quieres? —pregunté.

El tipo que primero se había dirigido a mí era alto, rubio de ojos saltones y boca un poco torcida. El otro era un poco más bajo, de nariz aplastada y piel porosa.

—Ya lo sabrás —repuso el rubio—. Anda, sube a nuestro coche, queremos darte un paseo.

—Esto les puede costar caro.

El que había llegado después rió.

—Claro que sí —dijo—. Nos va a costar muy caro, pero tú vas a obedecer como un buen muchacho.

Supuse la clase de paseo al que me invitaban.

Acepté con la cabeza y me volví hacia el coche de ellos.

Pero de pronto descargué un puñetazo con la derecha en el estómago del rubio. Tal como me imaginaba, le cacé desprevenido y el hombre se vino hacia delante con la boca abierta haciendo extraños ruidos para tragar aire. Me lo quité de encima pegándole por segunda vez, ahora con el filo de la mano entre el cuello y la oreja. Pero me quedaba el segundo tipo, y cuando fui a volverme, él ya había tenido tiempo de reponerse de la sorpresa.

Le vi la cara con los dientes muy apretados en una mueca feroz, infrahumana, y fue en ese instante cuando su mano bajó sobre mi cabeza y la culata de su pistola percutió duramente contra mi cuero cabelludo. Creí que el muy bruto me saltaba la tapa de los sesos y empecé a derrumbarme sintiendo que los oídos me zumbaban y que el cielo se llenaba de pequeñas lucecillas, pero antes de caer, el fulano me propinó otro golpe. Oí su respiración acompañando el movimiento de su brazo y luego se produjo el choque brutal. Estuve dispuesto a jurar que me había convertido la nuca en astillas.

CAPÍTULO IV

Cuando volví en mí me encontraba viajando en la parte trasera del coche. El tipo rubio estaba a mi lado y me miró con ojos desprovistos de vida.

—No sabía que fueras tan valiente —dijo, enseñándome los dientes de lobo.

No dije nada porque no tenía fuerzas para hablar. Mis sienes ardían y sentí correr algo húmedo por el cuello.

El que manejaba el volante preguntó:

—¿Ya está despierto?

—Sí —contestó el rubio.

—Pégale otra vez y que siga durmiendo.

El rubio me apuntó con la pistola.

—No es mala idea —dijo.

Conseguí mover los labios.

—No vuelvas a hacerlo, verdugo.

El rubio soltó una carcajada.

—¿Lo oyes, Roy? El tipo todavía tiene agallas. Me dice que no lo vuelva a hacer.

Roy rió.

—Hace días que no me divierto, Tommy. Déjame a mí para cuando lleguemos.

—Prefiero ser yo quien le de la lección. Quiero volverle los golpes en el estómago.

Infieros, creí que me había agujereado las tripas.

—Lo que te pasa a ti es que estás flojo.

—¿Quién dice que estoy flojo? ¡Maldita sea! Tenía que haberte pegado a ti, Roy. Este tipo podrá parecer un intelectual, pero tiene dinamita en los puños.

No sabía siquiera por dónde viajábamos. Hice un esfuerzo y me eché hacia delante mirando por la ventanilla, pero no gané nada con eso. Sólo vi la noche oscura.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

Tommy soltó otra risita.

—Ya falta poco.

Efectivamente, como cosa de cinco minutos después, el coche salió de la carretera y siguió por un camino lleno de coches y al cabo de una milla se detuvo.

El rabio Tommy me metió el cañón de la pistola entre las costillas, advirtiéndome:

—Ten cuidado con echar a correr.

Obedecí sin pestañear. Aquel tipo era capaz de hacerme un agujero y quedarse tan fresco.

—Vamos a la cabaña, estaremos mejor.

Imaginé que debíamos estar en los Montes de San Bernardino, a no ser que yo hubiese estado desvanecido más tiempo de lo que yo suponía. Vi brillar el agua entre los árboles y supe que era un lago.

La cabaña estaba delante del coche.

Tommy encendió una linterna sorda y se ocupó de abrir la puerta. Había luz eléctrica.

La cabaña se hallaba muy bien decorada por dentro, tenía hasta su pequeño bar en un rincón y el piso estaba cubierto con alfombras confeccionadas por los indios navajos.

Había un diván, tres sillones y una mesa con un teléfono. Tommy cerró la puerta y me señaló un sillón.

—Anda, siéntate. Debes estar muy cansado.

Lo estaba.

Roy se quedó cuidándome y Tommy fue al bar y llenó dos vasos de *whisky*. Le alargó uno a su compañero y luego ambos bebieron sin dejar de vigilarme.

—Bueno —dije—. ¿Qué hacemos aquí?

—Parece que tienes mucha prisa —comentó Tommy—. No te preocupes. Para estirar la pata siempre estarás a tiempo.

Rió su propio chiste y su amigo le coreó con fuertes carcajadas. Terminaron de beber y Tommy dijo:

—Esto va a resultar muy aburrido.

Puso la pistola al alcance de su mano, sobre el brazo de un

sillón, bastante alejado de mí, y se quitó la chaqueta. Luego cogió otra vez el arma.

—Anda, ven aquí, Francis.

Me quedé quieto.

—¡He dicho que vengas! —me apuntó a las piernas—. ¿O prefieres que te parta una rótula?

Sabía que era capaz de ello y me levanté. Me detuve lo suficientemente lejos de él para que no me pudiese alcanzar con sus puños.

—Eres un entrometido —empezó a decirme.

—Quizá lo haya sido, pero ahora, si me dan ocasión, cambiaría de forma de ser.

—¿Lo oyes, Roy? Está prometiendo ser un buen chico.

Roy rió.

—Está muerto de miedo. Eso es lo que le pasa. Sería capaz de prometer que robaría el Empire State.

Tommy sacudió la cabeza.

—Los tipos de ahora no tienen aguante. Son unos cobardes —sonrió mirándome—. ¿Qué dices a eso, Francis?

—No tuve la culpa de entablar relación con Harvey.

—No, ¿verdad? Pero tú lo salvaste. Te arrojaste al mar para sacarle hecho un guiñapo.

—Bien —concedí—. Pero ahora él está muerto.

—Sí, Harvey está muerto, y tú sigues queriéndolo arreglar todo, ¿verdad, Francis?

—Ya he dicho que un hombre puede cambiar de idea.

—Claro, y somos justamente nosotros, Roy y yo, quienes te hemos hecho cambiar.

—Sí, seguro que es así.

Hubo un silencio y, de pronto, Tommy torció su boca.

—¿Con quién te crees que estás tratando, estúpido? A lo mejor te has creído que puedes pegárnosla. Seguro que te has dicho: «Estos tipos son tontos, les diré que me aparto del asunto y me dejarán tranquilo».

Durante un rato en la estancia reinó un absoluto silencio.

Aquellos tipos no me dejarían marchar por las buenas. Pensé en mis posibilidades. Cada uno de ellos tenía un arma y yo sólo me podía valer de mis puños, y lo peor de todo es que estaban avisados

acerca de lo que yo podía hacer si se descuidaban.

Pero esta vez fueron ellos quienes tomaron la ofensiva. Tommy estaba deseoso de una revancha.

Roy se me echó encima lanzando una maldición. Me envió una patada y yo desvié la cabeza, pero no pude evitar que me rozase el cuello con la puntera.

Le cogí el pie y se lo hice girar como si fuese un abrelatas. El tipo lanzó otro grito y dio una vuelta brusca, lo cual evitó que me metiese una bala en la cabeza.

Luego sólo tuve que tirar de él y se vino abajo estrellando el pecho contra el suelo. Revolvióse para utilizar la pistola, pero yo entonces estiré la pierna y le incrusté la suela en las narices.

Oí su aullido y eso fue algo confortador.

Había invertido demasiado tiempo para desembarazarme de él y ya para entonces Tommy había pasado a la ofensiva. Me colocó su golpe favorito de la culata en la sien y luego, justamente cuando me volvía, lo repitió en el mismo sitio. Lo último que vi fue su cara sonriente. Luego me desplomé y tuve la vaga impresión de que después de eso me introducían por un embudo de picar carne y unas ruedas dentadas empezaban a triturar mi cuerpo, desde la cabeza hasta los pies.

Pasó una eternidad.

Cuando desperté, apenas podía moverme. Me llegaba una musiquilla a los oídos y al doblar la cabeza vi que había una radio sobre la repisa de la chimenea. Me dirigió una sonrisa.

—¿Cómo se siente hoy, amigo?

Doblé la cabeza hacia la ventana y vi que era de día y que el sol debía estar ya alto a juzgar por los rayos que se filtraban por los cristales. Infiernos, había estado durmiendo unas cuantas horas.

—¿Ya está despierto, hijo de perra? —dijo una voz en la que difícilmente reconocí la de Roy.

Yo estaba en un sillón y me volví para verle. Roy se hallaba tendido en el diván con un montón de esparadrapo en la cara. No mostraba una pulgada de la nariz y su camisa estaba manchada de sangre seca.

Todos los huesos me crujieron. Aquellos dos tipos se habían servido mientras yo me encontraba desvanecido. Me escocían las cejas, la boca, un ojo, y al intentar mover los labios, no sentí

ninguna impresión. Debían estar hinchados.

Olfateé en el aire el aroma del café.

—No me vendría mal una taza —dije.

Tommy se echó a reír.

—¿Lo oyes, Roy? No ha perdido el buen humor a pesar de todo. ¿Se lo sirves tú? Roy soltó un muestrario de las peores maldiciones que había coleccionado a lo largo de su vida y terminó diciendo que me fuera al infierno.

—Puedo ir yo si me decís dónde está la cocina —sugerí.

—No se moleste Su Majestad —dijo Tommy—. Yo se lo traeré.

Después de todo, le di las gracias mentalmente.

Antes de salir de la estancia dijo:

—Vigílalo, Roy.

Roy habló a sus espaldas:

—Se acabaron las peleas. Si veo que se mueve le meto un proyectil por la nuca. Tommy llegó con la humeante taza de café y yo me levanté para cogérsela, pero de pronto él simuló que daba un traspie y me echó el contenido de la taza sobre la cara. El café estaba ardiendo y al resbalar sobre las heridas creí que el dolor me iba a volver loco.

Tommy se echó atrás soltando una carcajada y Roy, al darse cuenta de la broma, rió entrecortadamente, porque a él, después de haber recibido lo suyo, le costaba mucho trabajo hacerlo.

Saqué el pañuelo y me sequé como pude.

Roy aplaudió la ocurrencia de su compañero.

—Fue muy bueno, Tommy.

—¿Quieres más café, Francis?

No me digné contestarle y eso provocó más su hilaridad.

Permanecí inmóvil un rato.

Al fin dejaron de reír y en la cabaña reinó la paz. Hice una pregunta:

—¿Hasta cuándo va a durar esto?

—Cierra el pico —repuso Tommy—. ¿No ves que estamos escuchando música?

Dejé correr unos segundos y luego dije:

—¿Saben ustedes que tengo un trabajo que atender?

¿Sí? —dijo Tommy—. ¿Lo oyes, Roy? El muchacho tiene trabajo.

—A lo mejor se dedica a darles de comer a las fieras del parque.

—Trabajo como guionista de una productora, y por si les sirve de algo, están acostumbrados a verme llegar todas las mañanas.

—¿Lo oyes, Roy? Resulta que hemos secuestrado a un pelicularo.

—Infiernos, es cierto. Hasta es posible que nos de una recomendación para que nos contraten. Estaría bien, ¿eh, Tommy? Tú y yo trabajando para el cine.

—Es lo que digo yo; ¿qué tiene Richard Widmark que no tengamos nosotros?

—Se puede arreglar —dije—. Vamos los tres juntos a los estudios y les propongo dos papeles de risa.

Tommy hizo una mueca.

—No cree que somos buenos, ¿eh?

—Lo que quiere es que le echemos las muelas abajo —opinó Roy—. No tiene bastante con lo que le dimos.

Me humedecí el labio inferior con la lengua.

—Ustedes lo acaban de decir hace un momento. Esto es un secuestro y apuesto a que la policía no le va a gustar nada.

—¿La policía? —dijo Tommy—. ¿Qué es la policía, Roy?

—Son unos tipos que también trabajan en el cine, pero lo hacen muy mal. Siempre se les escapan los malos.

—Oídmeme, muchachos —dije dando un suspiro—. Os puedo pagar para que me dejéis en libertad.

—¿Lo oyes, Roy? Ahora quiere comprarnos. Quizá tenga un par de dólares.

—Hay mil —anuncié, y al ver la cara inalterable de Tommy añadió—: Para cada uno.

Sobrevino otra pausa.

De pronto se puso a repiquetear el teléfono.

Los tres miramos el auricular y fue Tommy el que avanzó para cogerlo.

—¿Sí...? Está aquí, desde luego —me dirigió una mirada—. Nos dio mucho que hacer, pero ya está más calmado... El tipo nos ha dicho que trabaja en los Estudios... Bueno, lo tendremos que hacer esta noche. Es algo que Roy y yo haremos con mucho gusto... No se preocupe, lo dejaremos listo... Conocemos nuestro trabajo como el que más. Puede contar con que este fulano no le volverá a molestar. Muy bien, ya pasaremos a cobrarle el resto.

Luego colgó.

Hubo un silencio mientras Tommy cambiaba otra mirada con su compañero.

Así que se hallaba todo claro. Me acababan de sentenciar.

—Os estaba hablando antes de billetes —recordé.

Se miraron otra vez y luego Roy dijo:

—Apuesto a que estás mintiendo, Francis.

—¿Qué quieres decir? —inquirí.

—Seguro que no tienes un maldito centavo en el Banco.

—¿No me registrasteis mientras estaba desvanecido?

—Sí, y encontramos un talonario en uno de los bolsillos. Ahí te lo hemos dejado.

—¿No os dice nada eso?

—¡Al diablo! —exclamó Tommy—. Conozco a un montón de gente que tiene talonario y cuando uno de esos tipos se decide a firmar uno de esos papeles resulta que no tiene fondos.

—Podéis probar suerte conmigo.

—¿Pe qué forma? —preguntó Roy.

—Yo firmo un talón por mil dólares y uno de vosotros va a cobrarlo, luego regresa, y si estáis conformes, me dejáis en libertad por otros mil.

Se creyeron muy listos y picaron.

—Muy bien —dijo Tommy—. Irás tú, Roy.

—¿Por qué? —empezó a protestar y se interrumpió—. Está bien.

—Anda, firma, Francis.

Saqué el talonario y me puse a escribir. Luego tiré de la hoja y se la alargué a Tommy, el cual a su vez la pasó a Roy.

Éste se lamentó soltando maldiciones porque también le dolía el cuerpo y echó a andar hacia la puerta.

Al llegar a ella se volvió.

—¿Y por qué no has de firmar los otros mil ahora?

—Vosotros no os fiáis de, mí, ¿verdad? —respondí—. Yo tampoco de vosotros. Mil ahora y la otra mitad luego.

Titubeó un momento, pero finalmente se marchó.

Se oyó el ruido del coche perderse en la distancia.

La emisora seguía transmitiendo música de baile.

Tommy jugueteaba con la pistola junto a la chimenea. Yo continuaba demasiado lejos de él, porque no quería despertar sospechas.

—Infiernos —dije—. Me duele mucho la herida de la cabeza. ¿No tienes un poco de alcohol? Quisiera curarme.

Me miró con ojos inquisidores y finalmente dijo:

—Vete al cuarto de baño, allí encontrarás un botiquín. No trates de buscar una ventana. No la hay.

Me fui al cuarto de baño y me puse a curar las heridas. El alcohol me irritó mucho, pero luego me encontré mucho mejor. Busqué una navaja barbera, pero no la encontré, ni siquiera una cuchilla, nada, absolutamente nada, a menos que...

Cogí una caja de polvos. Debía pertenecer a alguna mujer que la había dejado olvidada allí.

Oí la voz de Tommy:

—¿Terminas ya?

—Sí, Tommy, ahora voy.

Encontré también una esponja, estaba algo húmeda y la sequé apresuradamente. Cogí los polvos y los volqué en el bolsillo de mi chaqueta, aplastándolos con todas mis fuerzas. Luego cogí la esponja y la metí también dentro del bolsillo dándole la vuelta para que se espolvorease bien. No abultaba mucho.

Luego me lavé las manos y las sequé en la toalla.

Salí fuera del cuarto de baño y Tommy me observó atentamente. Tragué saliva y rápidamente me dejé caer en el sillón más alejado de él.

—Bueno —dije—. Ahora me siento otro hombre.

Y era cierto, porque la tensión de nervios me había hecho olvidar momentáneamente el dolor que sentía en todo el cuerpo.

Apoyé la cabeza en el respaldo y cerré los ojos. Permanecí así un rato y luego entorné los párpados. Tommy seguía en el mismo lugar, pero ahora había dejado la pistola en la repisa y estaba haciendo su manicura con un cortauñas. Era mi momento.

Sigilosamente, moviendo el brazo pulgada a pulgada metí la mano en el bolsillo donde guardaba la esponja.

En la emisora interrumpieron la música para dar un boletín de noticias.

Calculé la distancia que me separaba del pistolero.

Respiré hondamente.

De pronto salté del sillón como impulsado por muelles metálicos. Uno, dos, tres pasos. Justo en ese instante, Tommy

levantó la mirada y empezó a alargar el brazo hacia la pistola. Nunca podría llegar a él. Un par de años antes, él apretaría el gatillo, pero tenía mi esponja. Se la arrojé a la cara con todas mis fuerzas sin dejar de correr. La esponja surcó el aire como una exhalación y chocó contra la nariz de Tommy. Al instante su cabeza quedó envuelta en polvo y él empezó a ahogarse.

Yo había saltado. Entonces apretó el gatillo. Sonó un estampido y la bala me rozó la oreja. Había hecho fuego sin verme. Mi cuerpo chocó contra el suyo y ambos nos vinimos abajo, pero antes de llegar al suelo yo le había atrapado por la muñeca armada y se la retorcí sin piedad. Los huesos crujieron y lanzó un aullido de dolor, pero intentó ahogarme con la mano izquierda, cogiéndome por la tráquea.

Le asesté un terrible puñetazo en el mentón y eso fue el final de la pelea, porque exhaló un suspiro y quedó inerte.

Le arrebaté la pistola y después de guardármela en el bolsillo me puse en pie.

Me hubiera gustado quedarme para darle la bienvenida a mi querido amigo Roy, pero yo tenía que hacer muchas cosas en otro sitio.

Salí de la cabaña y me puse a andar por el camino hacia la carretera. No pasó un coche en un buen rato. Luego lo hicieron dos, pero ninguno de sus conductores se detuvo.

Finalmente, me invitó a subir a su coche un tipo pelirrojo de rostro simpático. Se quedó mirando mi cara y me preguntó qué me había ocurrido. Calmé su curiosidad diciéndole que había sufrido un accidente con mi coche, un par de vueltas de campana, sin más consecuencias que la carrocería abollada y unos cuantos desperfectos en la cara.

Nos pusimos en camino y yo pensé en muchas cosas durante el viaje a Hollywood.

CAPÍTULO V

Fui al hotel directamente y permanecí un rato atendiendo mi cara frente al espejo. Los labios estaban casi normales y como aquellos dos matones no me habían hecho ninguna herida, ya estaba de buen ver.

Consulté en la guía telefónica y elegí al azar un detective. Su nombre era Peter Felton. No conocía a nadie de esa profesión y daba lo mismo uno que otro. Tenía sus oficinas cerca de Sunset Bulevar. Había contratado a una secretaria pelirroja con muchas curvas para sorprender a su clientela. Cuando yo entré en el antedespacho, la pelirroja parecía estar buscando infructuosamente una letra en la máquina. Tenía el ceño fruncido preguntándose quizá si aquella portátil había salido de la fábrica incompleta.

Le vino bien que yo interrumpiese la búsqueda, porque al verme, su semblante se iluminó.

—¿Sí? —murmuró.

—El señor Felton, por favor.

Enarcó una ceja.

—¿Amigo, cliente o acreedor?

—Supongo que cliente.

Se levantó como una centella y abrió una puerta, pero antes de desaparecer volvió la cabeza y me dijo sonriente que esperase. Al cabo de unos instantes reapareció diciendo:

—El señor Felton le espera, señor...

—Francis, Paul Francis.

Me anunció a su jefe.

Felton tendría unos cuarenta años y era de regular estatura, cabello canoso y boca en la que reflejaba un perenne rictus de amargura. Dio una vuelta a una mesa llena de papeles para

tenderme su mano.

—¿Cómo está, señor Francis?

Me invitó a que me sentase en un sillón y él lo hizo sobre la mesa, dejando colgar una pierna. Sacó un largo cigarro del bolsillo superior de la chaqueta y le prendió fuego, observándome con ojos minuciosos.

—Usted dirá qué es lo suyo, señor Francis.

—Verá, señor Felton. Quiero que investigue algo por mi cuenta, concretamente todo lo relacionado con un cierto señor Robert Harvey, de la Harvey Company Industrias Químicas.

Se quitó el cigarro de la boca y quedóse mirándome.

—¿Se refiere al tipo que se quitó de en medio hace un par de días?

—Justamente.

—Bueno, ¿qué quiere saber?

—En primer lugar, el resultado de la autopsia y, además de eso, todo lo que pueda reunir acerca de su viuda.

Hubo un silencio y Felton descabalgó de la mesa y ocupó su sillón giratorio. Luego abrió una carpeta y extrajo un periódico del día anterior. Era justamente un ejemplar del diario en que yo había leído la noticia de la muerte de Bob Harvey.

Cuando hubo terminado de leer depositó su mirada en mi cara.

—¿Cree que hay algo anormal, señor Francis?

—Es a usted a quien corresponde averiguarlo y me gustaría que me pudiese informar cuanto antes.

—Muy bien, procuraré ponerle al corriente dentro de tres o cuatro días.

—Es demasiado tiempo.

—¿Mañana?

—Hoy.

—Caramba, eso va a resultar imposible. —¿Cuáles son sus honorarios?

—Veinte dólares diarios más los gastos.

—Le pagaré una prima extra de trescientos si me da la información esta misma noche.

Se mostró sumamente interesado y, por un fugaz momento, pareció que su rictus de amargura iba a desaparecer. Cabeceó mientras yo me ponía en pie.

—Sigue siendo muy difícil, señor Francis.

Saqué un billete de cien y lo puse sobre la mesa.

—Ahí tiene para los primeros gastos.

—Muy bien. Le haré un recibo.

—No hace falta. ¿Dónde quiere que le llame esta noche?

Se mantuvo pensativo un rato y dijo:

—Estaré aquí alrededor de las nueve y media. Bueno, espero poder ofrecerle algo, pero no crea que va a tener toda la información. Me hago responsable de la parte que se refiere a la muerte de Harvey, pero lo de la viuda se demorará un poco.

—Procure que sea lo menos posible.

Nos estrechamos la mano y salí del despacho.

Regresé a mi departamento del hotel y me encerré con llave. Tomé otro par de luchas, me puse un pijama y me dediqué unas cuantas horas al sueño, que buena falta me hacía.

Cuando desperté consulté el reloj y vi que eran las nueve de la noche.

Tomé otra ducha, me vestí y para ese entonces eran ya las nueve y media. Marqué el número de la oficina de Felton y el propio detective atendió mi llamada. Di a conocer mi identidad y enseguida habló él.

—Tengo algo para usted.

—Le escucho.

—No hay nada que hacer. El tipo se suicidó eso está claro.

—¿Habló con el forense?

—No, con el forense no, con un sargento de Homicidios. Dan Jones. Es muy amigo mío —soltó una risita—. Harvey no tiene ninguna herida en el cuerpo y en sus vísceras no había rastro de veneno. Sus negocios le iban mal, ¿sabe? Estaba al borde de la ruina. Imagínese. Debía cincuenta mil dólares y no tenía de dónde sacarlos. De modo que lo pensó bien se ató una piedra a los tobillos y se arrojó a su propia piscina.

—No me gusta. Existe una contradicción.

—¿A qué contradicción se refiere?

—Se despidió de su mujer y según la versión de la policía Harvey regresó a su casa única y exclusivamente para suicidarse.

—Sí.

—¿Por qué no lo hizo en cualquier otra parte? Él estaba

enamorado de su esposa ¿por qué había de hacerlo tan truculento? Él sabía que su mujer se bañaba todos los días en la piscina y que, por lo tanto, sería ella la que lo descubriese. Harvey tenía un coche y hay muchos lugares por las cercanías entre los que hubiera podido elegir para precipitarse con su carro.

—Oiga, señor Francis —dijo Felton—. Nosotros tenemos nuestra experiencia. A veces, en los casos más sencillos creemos adivinar un truco. A usted le ocurre eso. En mi opinión, pienso que Harvey tenía suficientes motivos para querer largarse de este mundo, y si me permite que se lo diga, las razones que usted alega me parecen muy débiles.

—¿Es de confianza ese sargento amigo suyo?

—Totalmente —hizo una pausa carraspeando—. Bueno, hay algo en el cadáver que no tiene importancia.

—¿A qué se refiere?

—Se había golpeado en la cabeza.

El corazón me dio un vuelco mientras Felton se apresuraba a decir:

—Para el forense y la policía está claro que el golpe se lo propinó el propio Harvey contra la misma piedra que le sirvió para mantenerse sujeto al fondo, ¿se da cuenta? La piedra pesaba exactamente dieciséis kilos ochocientos gramos y era el cascote del muro de un jardín. Ya sabe cómo son esas piedras, tienen muchas aristas. El golpe en la cabeza no le produjo ninguna herida, simplemente una pequeña hinchazón.

Para mí era bastante, pero no lo quise decir.

—Hábleme de lo demás, Felton.

—Harvey empezó a trabajar sólo después de la guerra, pero en mil novecientos cuarenta y ocho, cuando comenzó a cocerse lo de Corea, se asoció con Jack Moll y Elvis Bennet. Fue una buena época y ganaron el dinero a sacos. Creyeron que era la época de las vacas gordas y casi todas sus ganancias las reinvertieron en el negocio, ampliándolo incesantemente. Luego se acabó la guerra y vino el golpetazo. Desde entonces los tres socios trataron de vivir del crédito del Banco, pero esto tenía un fallo, que cualquier día los Bancos se podían cansar y es, justamente, lo que ha ocurrido.

—Muy bien. Hablemos de Jack Moll y de Elvis Bennett.

—No son tipos muy santos.

—¿A qué se refiere?

—Quiero decir que los dos socios de Harvey son una especie de soldados de fortuna, ya sabe, tipos aventureros que hoy están aquí y mañana en el Ecuador. Olfatean el dinero como los gatos el pescado y se lanzan a por él sin reparar en medios. Creo que ninguno de los dos se suicidará como Harvey. Están bien cubiertos.

—Usted dijo antes que el dinero que ganaban lo re —invertían en el negocio.

—Sí, eso dije, pero, al parecer, Jack Moll y Elvis Bennet tienen otros negocios.

—¿Qué negocios?

—Eso no lo he podido averiguar. Aparentemente no existe más que la Harvey Company Industrias Químicas.

—¿Ha hablado usted con ellos?

—No, desde luego. Mis informes son indirectos. Me he valido de unos cuantos agentes.

Nunca doy conocimiento de mis fuentes de información.

—Está bien, quiero los domicilios de Jack Moll y Elvis Bennett.

—Jack Moll vive en Wilshire, 284, y Bennett en la Avenida de las Acacias, 58.

—Muy bien, Felton. Quiero que me haga un trabajo extra, pero le voy a conceder quince minutos.

—¿Cómo? ¿A estas horas? Me temo que tendrá que esperar hasta mañana.

—Escuche, Felton, ¿sabía usted que Harvey había suscrito una póliza de vida por cien mil dólares?

—Sí, desde luego. Mi amigo, el sargento Jones, me lo ha comunicado.

—Quiero que en ese plazo de quince minutos me informe acerca de lo que va a hacer la Compañía que suscribió la póliza a Harvey. Es la Chase.

—Oiga, a estas horas estoy seguro de que en la oficina no encontraré a nadie. ¿Qué quiere que haga?

—Usted es un detective y le pago trescientos dólares extra por la investigación. Le volveré a llamar dentro de quince minutos.

—¡Oiga...!

Colgué antes de que empezase a protestar.

Fumé un cigarrillo paseando y, finalmente, transcurrido el plazo

señalado, disqué el número del detective.

Felton soltó un resoplido cuando oyó mi voz.

—Oiga, ésta no es forma de trabajar.

—Vamos, estoy esperando su informe, señor Felton.

—La Chase va a pagar. Estuve hablando con uno de los inspectores, Max Jackson. Al parecer están conformes con los informes del forense y de la policía. Usted es el único que no parece estar de acuerdo.

—¿Cuándo van a hacer efectiva esa indemnización?

—Mañana.

—¿Irá la viuda a la Compañía?

—Sí, y si quiere usted saber la hora, también se la puedo decir: las nueve de la mañana.

—Supongo que el pago se hará por medio de un talón.

—Es el procedimiento.

—Gracias, señor Felton. No le pregunté antes acerca de la viuda de Harvey.

—Ya le advertí antes que esa investigación tardaría más.

—Pongamos como límite mañana a las nueve.

—¡Usted está loco!

—Le llamaré a esa hora, Felton.

—¿Es que no sabe que tengo que dormir?

—Estoy seguro de que por trescientos dólares vale la pena pasar una mala noche —dije y colgué otra vez.

Pasé otro rato fumando, poniendo en orden mis ideas, aun cuando ahora era algo hartito difícil. Saqué del bolsillo de la chaqueta la pistola que había sacado al buenazo de Tommy. Era una

«Smith & Wenson»,

calibre treinta y ocho. Me vendría bien para lo que yo pensaba hacer a continuación.

Cuando cruzaba por el *comptoir*, el encargado me hizo una señal. Me acerqué y, me dijo que habían traído mi coche por la mañana y estaba en el garaje del hotel.

Sonreí para mis adentros. Aquellos tipos se ocupaban de todo. Estuve tentado de ir por el coche, pero luego recordé una película en la que el protagonista era objeto de un atentado por medio de una bomba colocada justamente en Su coche. No; no me convenía.

Utilizaría un taxi.

Di al conductor la dirección de Wilshire, 284.

Jack Moll estaba celebrando una fiesta. ¿La muerte de su socio Bob Harvey? Quizá sí.

Pasé por el portón andando tranquilamente y un mayordomo elevó una mano gruesa como un garrote.

—Eh, usted —dijo.

Acudí a su lado.

—No le conozco —murmuró.

—Yo a usted tampoco —dije, y cuando echó la cara atrás, como si yo oliese a podrido añadí—: Soy el hermano de Harvey, Bob Harvey, ex socio de su patrón.

Parpadeó confuso.

—Perdone, señor Harvey. Siento mucho lo de su hermano.

Hice una mueca de circunstancias, le palmeé en un brazo y seguí mi camino.

Me dirigí a una mesa donde había servicio de bar y bebí una copa de champaña. Era sólo un champaña mediano.

Un borracho vino hacia mí dando traspies. Se me quedó mirando y me apuntó con el dedo. Había pasado ya de los cincuenta y en su cabeza quedaba muy poco pelo.

—Usted es Catch, el de la Mundial Picture.

—Perdone, pero creo que se equivoca.

—No, no, usted es Catch y le voy a decir algo muy importante. Usted está perdiendo millones, ¿lo entiende, amigo...? Docenas de millones por no escuchar a mi representante. Desde que murió Wallace Beery no ha habido en esta jauría de locos un hombre como yo. ¿Se acuerda de *¡Viva Villa!*, *El presidio* y *El campeón*?

—Me acuerdo, aunque yo era muy pequeño entonces.

—Míreme a mí. Aquí tiene al nuevo Villa, al presidiario, al gran boxeador. Hágame una prueba y le demostraré que puedo superar a Wallace Beery.

—Se la haría con mucho gusto —dije, sonriendo—, pero no soy Catch.

Se echó hacia atrás y quedóseme mirando muy fijo.

—¿No es Catch? —repitió.

—No, no lo soy.

—¿Quién es, entonces?

—Un invitado de Jack Moll que busca a Jack Moll.

—Sí, ¿eh? Justamente hace un instante lo vi entrar en la casa. Casi me volcó una copa sobre el traje. Quise detenerlo, pero me dijo que tenía una conferencia urgente.

Miré hacia la puerta de la casa, que estaba abierta de, par en par.

—¿No ha vuelto a salir?

—No, desde luego.

—¿Cómo es Jack Moll?

—¿Cómo? ¿Quiere decir que no le conoce?

—No.

Soltó una carcajada.

—Usted es un tipo de los míos —hizo una pausa pellizcándose la barbilla—. No tiene pérdida. Jack Moll es un tipo alto, de esos que parece que se van a comer el mundo, barbilla un poco saliente, y ojos de águila. Infernos, yo mismo le he dicho que debía dedicarse al cine y cualquier día lo haré, ¿sabe? Y puede estar bien seguro de que verá de nuevo a Wallace Beery. Oiga, ¿está usted cierto de que no es Catch?

Le palmeé la espalda y me alejé de su lado.

Entré en la casa. Una actriz famosa se contorsionaba sobre un piano bailando un ritmo trepidante. Vi a su alrededor seis cabezas calvas y un tipo con cara de francés haciendo correr las manos por el teclado. Era una fiesta en la que no faltaba nada.

Abrí la primera puerta que encontré a mano y un hombre y una mujer separaron sus bocas y ella dio una vuelta rápida para que no le viese la cara. No, él no era Jack Moll.

Pedí disculpas y cerré la puerta.

Abrí la siguiente. Correspondía a un despacho. Un tipo que hablaba por teléfono me dirigió una sonrisa. Era él. Cubrió el micro con la mano y enarcó las cejas mirándome.

—¿Busca algo?

—Sí, a usted.

El actor borracho me había hecho una buena descripción. Sentí sobre mí sus ojos de águila escrutándome pulgada a pulgada. Luego quitó la mano del teléfono y dijo:

—Está bien, ya te llamaré luego.

Me hubiese gustado conocer con quién hablaba.

Colgó y se me quedó mirando.

—Perdone, no recuerdo su cara.

—Es la primera vez que usted me ve o al menos eso es lo que pienso yo.

Siguió sonriendo.

—Quiquiera que sea usted, temo que se equivoca. No soy productor de cine, aunque quizá pueda conseguir algún contrato si hace amistad con alguno de los que hay en el jardín.

—Es usted el que me interesa, señor Moll —dije, y ocupé un sillón sin esperar a que me invitase.

—¿Yo?

Saqué el paquete de cigarrillos y le ofrecí, pero él negó con la cabeza. Encendí y dije mientras lanzaba una bocanada de humo:

—Usted era socio de Bob Harvey, ¿verdad, señor Moll?

—Oh, es eso —me observó con un poco más de atención—. Desde luego. Yo era socio del pobre Bob.

—¿Por qué cree que se suicidó, señor Moll?

—Lo siento, pero usted no ha dicho todavía quién es. ¿Policía?

—No.

—Ya, un investigador privado. ¿Quizá de la compañía de seguros con quien Moll había suscrito su póliza?

—No, nada de eso. Yo era amigo de Bob. Mi nombre es Paul Francis.

—¿Y qué es lo que investiga usted, señor Francis?

—Me temo que Bob no se suicidó.

—¿Qué dice?

—Estoy seguro de que su ex socio fue asesinado, señor Moll.

Volvió a sonreír.

—Bueno, si analizamos un poco las cosas, sólo hay una persona que podría tener interés en que Bob muriese: Cris, su mujer. Tengo entendido que ella es la única beneficiaria de una póliza de vida que le valdría cien mil dólares.

—¿Cree usted que ninguna otra persona tendría interés en la muerte de Harvey? —Sinceramente, no. Supongo que no habrá pensado en nosotros, en Elvis Bennett o en mí.

—¿Por qué no había de pensar en ustedes?

Rió alegremente.

—En otras circunstancias me sentiría ofendido, señor Francis,

pero comprendo que obra usted animado por un buen impulso. Sin embargo, debo decirle que Harvey, Bennett y yo sólo estábamos unidos por un negocio, el de la Harvey Company Industrias Químicas, una sociedad completamente en quiebra.

Eché una mirada al techo, a la lámpara y al mobiliario.

—Usted no parece estar en quiebra, señor Moll.

—¿No conoce un viejo proverbio, señor Francis? Es más difícil conservar el dinero que ganarlo.

—Y usted es de los que saben conservar.

—Desde luego.

—Harvey me contó que todo lo que ustedes ganaron en el negocio lo volvieron a invertir.

—¿Eso dijo Harvey? —Esperó a que yo afirmase con la cabeza—. Bennett y yo solamente invertimos una parte de nuestras ganancias. —¿Y qué hicieron con la otra parte?

Se puso muy serio. Ni siquiera pestañeó cuando dijo:

—No es de su incumbencia, señor Francis.

En el silencio de la estancia escuché las voces y la música que llegaban de fuera.

—¿Está Bennett en la fiesta?

—No. Se disculpó porque está enfermo.

—Muy bien. Iré a verlo a su casa —dije, levantándome.

—Bennett es muy particular, nunca dice adónde va. Tiene una costumbre muy rara, se va a cualquier parte, se aloja en un hotel y está allí hasta que le parece.

—Una última pregunta, señor Moll. ¿Conoce a un par de tipos llamados Tommy y Roy?

Tommy es rubio, tiene la boca un poco torcida, y Roy...

—No los conozco —respondió sin dejarme terminar.

—¿Tiene usted una cabaña en los Montes de San Bernardino?

—Usted dijo que sólo le quedaba por hacer una pregunta.

Nos miramos durante un rato y, finalmente, seguí andando hacia la puerta.

Cuando salía lo observé tras la mesa y aposté que mi entrevista le había dejado preocupado.

La actriz famosa era llevada en volandas por los hombres calvos.

Salí a la terraza. El nuevo Wallace Beery vino hacia mí.

—Oiga, ya sé quién es usted —me observó con una sonrisa

triunfal—. Es Norman de la Interfilms.

Le pasé un brazo por los hombros y acerqué mi boca a su oído.

—No lo diga a nadie. Soy Marlon Brando, pero estoy de incógnito.

Me miró perplejo y exclamó:

—Oiga, es un tío estupendo para disfrazarse.

—¿Verdad que sí? —le dije, y después de palmearle otra vez la paletilla abandoné aquella agradable fiesta.

CAPÍTULO VI

La casa de Harvey no se hallaba muy lejos de allí. Fui andando con la mano metida en el bolsillo de la chaqueta, jugueteando con la pistola. Ahora conocía bien a Tommy y a Roy y estaba dispuesto a descerrajarles un tiro antes de permitir que me pusiesen la mano encima.

De todas formas quise evitar complicaciones. Cuando estuve cerca de la casa no me dirigí a la entrada principal, sino que me acerqué a un muro, el más cercano a la piscina, y pude trepar valiéndome de una enredadera.

Salté al otro lado y esperé un rato para comprobar que mi presencia no había sido descubierta.

En una habitación de la casa había luz. Era la biblioteca que yo ya conocía.

La piscina estaba otra vez llena de agua y observé el trampolín imaginándome a la hermosa señora de Harvey en lo alto con su bañador verdoso.

Avancé hacia la casa amparándome tras los setos.

La ventana de la biblioteca se hallaba abierta. Asomé la cabeza y vi a Cris junto al bar.

No estaba sola. Con ella había un hombre.

—No te comprendo, Bennett —decía ella.

Al instante sentí un escalofrío. Allí estaba el otro socio, el tercer hombre de la Harvey Company Industrias Químicas. Bennett tendría unos cuarenta y cinco años y era de regular estatura, cabello negro y cara de facciones caballudas, nariz muy larga y quijada rematada casi en punta.

—Está claro, Cris —decía en aquel momento—. Tu marido era nuestro socio y, como tal, nos adeudaba una fuerte cantidad a Jack

y a mí.

—No soy muy entendida en leyes, Elvis, pero yo creo que esa deuda no la contrajo Bob con vosotros, sino con la sociedad. Por lo tanto, está fuera de toda duda que nada os debe a vosotros, a Jack y a ti.

Elvis soltó una risita.

—No entiendes de leyes, pero te has asesorado de un abogado, ¿eh, Cris?

—Supongamos que ha sido así.

—Debes pensarlo un poco mejor. Después de todo, son cien mil dólares —hizo una pausa—. Admito que la deuda de Bob se refería a la sociedad, pero sólo son treinta mil dólares. Con ese dinero Jack y yo podremos levantar cabeza.

Cris rió también, pero su risa sonó a falsa.

—Los pobrecitos de Jack y de Elvis —murmuró irónica—. Os conozco perfectamente a los dos. Vosotros no necesitáis esos treinta mil dólares.

—No te dejes llevar por las apariencias, Cris. A veces estamos obligados a aparentar un lujo que no podemos pagar. Forma parte de la comedia.

—¿Y ése es vuestro caso, el tuyo y el de Jack?

—Sí, me temo que es así.

—No te creo una palabra, Elvis, y os garantizo desde ahora que ni tú ni Jack me sacaréis un solo centavo.

—¿Por qué no mides tus propias fuerzas, Cris?

—Es muy sencillo. Ya lo he hecho.

—Todavía no tienes los cien mil dólares en tu poder.

—Los tendré mañana.

—Mañana puede ser un día muy lejano. Ten en cuenta que todavía pueden ocurrir muchas cosas.

—¿Qué dices, Elvis?

—Supón que la policía o la compañía de seguros recibe un anónimo anunciando que Bob murió asesinado. ¿Qué crees que ocurrirá?

Durante un rato por la ventana no llegó palabra alguna.

Finalmente, Cris dijo:

—No vas a adelantar nada con acusarme. Tengo la conciencia tranquila a ese respecto.

Bennett rió otra vez:

—Parece que no me has entendido, querida. Yo no aseguro que tú hayas matado a tu marido. Sólo digo que bastaría una ligera indicación para que, al menos, se suspendiese por algún tiempo el pago de la indemnización.

—Puedes hacer lo que quieras, Elvis. He de decirte una cosa. Nada me extraña en ti o en Jack. Siempre fuisteis un par de ventajistas.

—Ventajistas no es palabra apropiada para ser pronunciada por una mujer como tú, Cris.

—Me gusta decir lo que pienso.

—¿Por qué no estás un poco más afectuosa conmigo, querida? Estaría dispuesto a hacer por ti cualquier cosa, tú lo sabes.

—Si ya has terminado con tu visita de pésame, me gustaría quedarme sola. —No, todavía no he terminado.

Oí una risa y de pronto la voz seca de Cris rasgó la atmósfera.

—¡Elvis!

—Estoy cansado de repetírtelo. Te quiero, Cris. Estoy loco por ti.

—Y yo también te he dicho muchas veces que si querías seguir siendo mi amigo te mantuviese alejado de mí.

—Ahora entre nosotros no existe ningún obstáculo. Antes estaba Bob, pero ahora él mismo ha preferido dejarnos solos.

—Márchate, Elvis. Me encuentro cansada.

Sobrevino otra pausa.

—Así que me rechazas, ¿eh, Cris?

—No se puede rechazar lo que nunca se ha querido.

—¿Qué clase de bloque de hielo eres tú? ¿Acaso has querido alguna vez a alguien?

—No, Elvis, nunca he querido a nadie.

—Muy bien, yo seré el primero.

—No, Elvis, te equivocas, y para decírtelo con claridad tú serías el último en la lista.

—¡Maldita orgullosa, te voy a...!

—¡Suéltame, Elvis, me estás haciendo daño...!

Oí la respiración fatigada de Bennett y estuve a punto de saltar por la ventana, pero de pronto restalló una bofetada y luego la voz airada de él dijo:

¿Qué has hecho? ¡Me has pegado!

—No he tenido más remedio que hacerlo, Elvis.

—Debería hacerte pedazos.

—¿Te vas o necesitas que llame a la policía?

—Muy bien, ya me voy. Pero volveré.

—No, Elvis, quiero que ésta sea nuestra despedida.

—Te equivocas, nena. Soy yo quien se despide de los demás y a ti te digo: hasta la vista.

Se oyeron unos pasos rápidos y luego la puerta se cerró.

Me volví pegado a la pared y poco después vi salir por la puerta de la casa a Bennett.

Entró en el coche que había al pie de la escalinata y poco más tarde el vehículo corrió camino del portón.

Regresé junto a la ventana y asomé otra vez la cabeza.

Cris se encontraba de pie ante el hogar, observando los troncos secos que descansaban a la espera de que algún día les prendiesen fuego.

Subí sigilosamente al alféizar y me descolgué al otro lado.

—Buenas noches, Cris —dije.

Volvió la cabeza rápidamente, sobresaltada, y se quedó mirándome. Estaba prodigiosamente tentadora con su vestido de noche negro con unos tirantes muy delgados que se le clavaban en la carne.

Caminé hacia un sillón y me senté. Ella dijo:

—¿Eres siempre tan original en tu forma de presentarte, Paul?

No quise darle una réplica. En lugar de la que ella esperaba, dije:

—Estuve con un par de amigos tuyos.

—¿Sí? —Cruzó los brazos y juré para mis adentros que no había otra como ella.

—Tommy y Roy.

Me observó con los ojos entrecerrados.

—¿Tommy y Roy?

—Son los nombres que he dicho.

—Creo que te equivocas. No los conozco.

Sonreí por la comisura de la boca.

—Son un par de buenos muchachos. Muy divertidos. ¿Sabes en qué se empeñaron?

—No me interesa.

—En matarme.

Levantó la barbilla sin apartar sus ojos de mi cara.

—Creo que estás bebido, Paul.

—Sí, nena, Tommy y Roy querían acabar conmigo esta noche —hice una pausa—. Bueno, ésa es la orden que ellos recibieron —señalé el auricular que había encima de la mesa—. Por teléfono.

—Veo que has estado jugando a policías y ladrones.

—Es justamente lo que he hecho. Pero no tenía muchas ganas. Fueron ellos los que dirigieron la partida, aun cuando en última instancia haya sido yo quien ha marcado el final.

Guardamos silencio. Luego ella preguntó:

—¿Es por eso por lo que no has avisado a la policía, porque esos hombres, Tommy y Roy, te lo impidieron?

—Tuve unas cuantas horas libres, pero puedes tranquilizarte, no he avisado a nadie.

—Has cambiado mucho desde anoche. ¿Por qué, Paul?

La miré a sus ojos verdes, a su cabello rubio y a su piel blanca.

Me puse en pie y caminé hacia ella. Cris no se movió del lugar que ocupaba. Finalmente me detuve muy cerca y di un suspiro.

—No lo sé, Cris. No sé por qué no lo he hecho —me golpeé en la frente con el puño—. Ignoro lo que tengo aquí dentro.

—Supongo que debo darte las gracias.

—¿Sólo se te ocurre eso?

—¿Qué quieres que añada más?

Sentí que la sangre me hervía en las venas. Alargué el brazo y la cogí bruscamente por la muñeca.

—Podrías añadir algo que es muy importante para mí, Cris. Quiero que me digas si realmente no tienes nada que ver con la muerte de Bob.

—Ya te lo dije.

—No me importa lo que me dijese ayer. Es hora cuando quiero oírtelo.

Nos miramos a los ojos, inmóviles, sin pestañear. Entonces oí su voz un poco turbada:

—No, Paul, yo no lo maté. Confieso que en estos momentos no sé siquiera si se suicidó. Tengo también mis dudas. Realmente las tuve cuando tú estuviste anoche aquí, pero te juro que si fue asesinado yo soy inocente.

Cerré los ojos y los abrí.

—Muy bien —dije—. Te creo.

—Me gustaría saber si hablas sinceramente.

—Sí, Cris.

—Anoche me dijiste cosas horribles.

—¿Qué podía hacer yo? Todos los indicios te señalaban a ti.

—¿Y por qué ahora has cambiado de idea?

—Te he dicho que no lo sé.

Di unos pasos hacia ella y sentí la suave tibieza que emanaba de su piel. Sus labios rojos estaban entreabiertos.

—Bésame, Paul —pidió.

Fui a besarla, pero me contuve escuchando mi voz interior:

«No, Paul, no has dicho la verdad. Sigues creyendo que es ella. Tú solo has venido aquí para verla. Deseas mucho que sea inocente pero no estás seguro. ¿Por qué no puede ser ella la que dijese a Tommy y Roy que te eliminen? ¿No te estaban esperando, después de todo, a la puerta de su casa? Es Cris quien va a cobrar los cien mil dólares».

Sentí cómo los dedos de ella apretaban mi brazo y eso equivalía a un ruego.

Y de pronto me dije que quizá era eso lo que yo había ido a buscar allí, una compensación; pero entonces un timbre se puso a repiquetear y Cris se soltó como si la estuvieran marcando con un hierro al rojo.

Los dos nos quedamos mirando el teléfono que había sobre la mesa.

Eché a andar rápidamente y ella preguntó:

¿Qué vas a hacer?

Volví la cabeza y la vi mirándome con ojos muy brillantes.

—Voy a contestar a la llamada.

—No hagas eso, Paul.

Empezó a moverse, pero yo le había cobrado una buena delantera y estaba más cerca de la mesa que ella. Pensé en Tommy y Roy. ¿Sería alguno de ellos que quería conocer las nuevas órdenes del patrón?

Seguí andando hacia la mesa. Cris corrió detrás de mí, pero yo alcancé el auricular mucho antes.

Se me echó encima, cogiéndome por la muñeca, con ojos

furiosos.

—¡Dame eso Paul! ¡Dámelo te digo!

—¿Qué te pasa, Cris?

Yo estaba cubriendo el auricular con la mano para que la persona que estaba al otro lado no pudiese oír nada.

—Ésta es mi casa —dijo Cris—. Y me llaman a mí.

—Sí, es tu casa —convine—. Y también es posible que te llamen a ti, pero también fuiste tú quien me metiste en todo este jaleo, ¿no lo recuerdas? Me aparté bruscamente de su lado, acercándome el teléfono a la cara. —¿Sí?— murmuré.

—Oiga —dijo una voz femenina—. Quiero hablar con la señora Harvey.

—¿Quién está ahí?

—Soy Lucille White Por favor, es urgente.

Titubeé unos instantes pensando en que, después de todo, esta vez me había excedido.

Aquella Lucille White no tenía nada que ver con la muerte de Bob Harvey.

Cris me estaba observando muy fijo. Le alargué el teléfono y ella lo tomó.

—Soy la señora Harvey —escuchó durante un rato—. Me temo señorita White, que usted y yo no tenemos nada en común.

Luego colgó.

Tuve la impresión de que en la estancia se hacía un frío glacial.

Finalmente éste fue roto por Cris.

—No hace falta que des ninguna explicación, Paul —sonrió amargamente—. Todo lo que dijiste antes no sirve para nada. No te fías de mí.

Guardé silencio porque ella tenía razón. No tenía absolutamente ninguna fe en ella. Me sentí empujado.

—Muy bien, Cris —dije—. Todo va a acabar. Dejaré de ser un obstáculo en tu camino. Abandono.

—Creo que no debes renunciar a tus sospechas —repuso ella con una suave ironía—. Todavía estás a tiempo de ponerte en contacto con la policía.

—He dicho que se acabó —hice una pausa—. Lo siento de verdad.

Me dirigí a la puerta, por la que salí sin volver la cabeza.

Eché a andar hasta que encontré un taxi. Minutos más tarde me hallaba en mi departamento del hotel tendido En la cama, fumando un cigarrillo.

Estaba muy serio, pero allá en mis adentros me reía a carcajadas de mí mismo.

«¿Te acuerdas, Paul? Siempre te preguntaste cómo era posible que un hombre fuera capaz de cometer los mayores disparates por una mujer... Esto te resultaba inverosímil, pero ahora ya no estás seguro de lo que tú pudieses hacer por una mujer como Cris Harvey. Sí, Paul, se ha apoderado de tu voluntad. ¿O sólo está a punto de ocurrir?». Me levanté rápidamente de la cama, y después de desvestirme, me puse bajo la ducha.

El agua me sentó muy bien, pero eso sólo duró media hora. Después me encontré paseando de un lado a otro, escuchando mi conciencia de nuevo.

«Le dijiste a ella que todo había acabado, pero otra vez te engañaste a ti mismo. No puedes dar por finalizado un asunto que no ves nada claro, Paul. No podrías olvidarlo. Sería imposible. ¿Crees que vas a poder continuar escribiendo ese guión sin acordarte de Cris Harvey o del cadáver de su marido?».

No tuve que esperar mucho para oír la respuesta. Sólo había una solución: aclarar la verdad.

Muy bien, ya estaba decidido. ¿Por dónde empezaba ahora?

Pasé revista a todo lo ocurrido, desde el momento en que conocí a Bob Harvey. Las escenas desfilaron de nuevo por mi mente y ése era un filme del que conocía hasta el más mínimo detalle.

De pronto recordé algo. Lucille White, la mujer que, según Cris, nada en común tenía con ella.

Llamé a la telefonista del hotel y le pedí el número de Lucille White. Me contestó que había tres Lucille White en la ciudad, y naturalmente, dio a mi petición los tres números. Era poco más de la una de la madrugada, pero yo no podía esperar hasta el día siguiente para aclarar aquel asunto.

Disqué el primer número. Resultó ser una mujer vieja que al preguntar yo si conocía a Harvey Se puso a escupir imprecaciones antes de colgar con terrible violencia.

Marqué el segundo número. Me contestaron enseguida y al instante identifiqué la voz que ya había escuchado en casa de Cris.

—¿Señorita White? Usted no me conoce, soy Paul Francis. Yo estaba en casa de la señora Harvey cuando usted llamó. Fui la persona que recogió su encargo.

—Sí, ahora recuerdo.

Me mojé los labios con la lengua.

—Bien, señorita White, el caso es que llamo para hacerle una pregunta que quizá para usted carezca de sentido.

—¿Cuál es la pregunta?

—¿Conocía usted a Robert Harvey?

—Sí —hizo una pausa—. ¿Puedo hacer yo una pregunta también, señor Francis? ¿Qué interés tiene usted en todo esto?

—Soy amigo de Bob Harvey y mi intención es dejar arregladas las cosas que él no pudo solucionar.

Hubo un largo silencio.

—¿Sigue ahí, señorita White?

Se tomó algún tiempo para contestar.

—Fui amiga del señor Harvey.

—¿Cuándo le vio por última vez?

—La noche anterior a la mañana en que apareció muerto.

Comprendo —consulté mi reloj—. ¿Puedo verla ahora mismo, señorita White?

—Podemos quedar citados para mañana.

—Oh, no, señorita White, creo que esto es muy importante y que no debemos demorarlo.

—Lo mismo le iba a sugerir yo, pero no me atreví a decírselo. ¿Conoce mi dirección?

—No; pedí su número a la telefonista del hotel.

—Es el ciento treinta y uno de la calle Séptima. Tendré el porche iluminado.

—Tardaré unos minutos, porque he de vestirme, pero voy directamente ahí, señorita White.

Colgué rápidamente y me vestí muy aprisa. En la calle encontré un taxi, dando al conductor la dirección de Lucille White. Tal como ella había dicho, el porche estaba iluminado y la cancela del jardín abierta.

Crucé, un camino de grava y justo cuando iba a golpear con el pequeño aldabón de la puerta, ésta se abrió y, enmarcada, apareció una joven de unos veinte años, alta, esbelta, de cabello rojizo y

rostro bello, sensitivo.

Sus ojos eran azulados, muy grandes, y sus labios se proyectaban ligeramente hacia delante en un gracioso hociquito.

CAPÍTULO VII

Me dio la mano mientras decía:

—Pase, señor Francis.

Fui detrás de ella hasta el *living*.

—¿Quiere sentarse? He preparado café —dijo y se marchó a la cocina dejándome solo.

Me senté en un sillón y me puse a liar un cigarrillo. Al cabo de un rato, la señorita White apareció con una bandeja con el servicio de café. Mientras preparaba las tazas, la observé con más atención. Era muy atractiva la señorita White.

—¿Dos terrones? —preguntó.

—Oh, sí, gracias.

Bebimos el café. Estaba como a mí me gusta, cargado. Luego encendimos cigarrillos y ella se me quedó mirando a la cara.

—¿Cómo conoció al señor Harvey? —inquirió.

Le conté la verdad acerca de la forma en que había conocido a Harvey. Naturalmente, silencié la parte correspondiente a la viuda.

Ella me escuchó atentamente y luego se quitó una brizna de tabaco del labio inferior.

—Usted cree que ha sido asesinado, ¿verdad, señor Francis?

Sacudí la cabeza en sentido afirmativo y, después de una pausa, ella dijo:

—Yo también tengo mis dudas, señor Francis.

—¿En qué basa esas dudas?

—Harvey había dado con algo realmente grandioso.

—¿Se refiere a su profesión como químico?

—Sí.

Tuve la impresión de que por primera vez estaba muy cerca de la verdad. Infiernos, ¿cómo no lo había pensado antes? Harvey era

químico y contaba con dos socios que a pesar de que la firma estaba supuestamente en la ruina, ellos o al menos Jack Moll, nadaban en la abundancia.

—¿De qué se trata, señorita White?

—Es un combustible sólido para proyectiles intercontinentales y cohetes interplanetarios.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo comprenderá enseguida. Mi padre y Harvey fueron muy amigos. Yo me quedé huérfana y vine a Hollywood para probar fortuna como actriz —sonrió—. Pero muy pronto me demostraron que yo no servía. Por fortuna, antes de que me atacase la enfermedad había aprendido taquigrafía y mecanografía. Cuando se acabaron mis últimos ahorros, fui a ver a Harvey para pedirle un empleo. Se portó muy bien conmigo. Dijo que trabajaría para él, pero que lo haría aquí, en esta casa. De vez en cuando él vendría y me dictaría unas notas. Fue así como inicié el trabajo hace dos meses, en el transcurso de los cuales Harvey me fue dictando todo lo concerniente a ese combustible sólido.

Me humedecí los labios con la lengua.

—¿No trabajaba Harvey por cuenta del Gobierno?

—No, lo hacía particularmente. En realidad su descubrimiento no estaba perfeccionado. Esperaba que llegase ese día para ofrecerlo a Washington.

—¿Y llegó ese momento?

—No, que yo sepa.

—¿Quiere decir que la fórmula está incompleta?

—Sí, pero unas horas antes de que Harvey muriese estuvo aquí para decirme que ya lo había conseguido.

En el *living* se hizo un silencio sepulcral. El relato de la señorita White me había interrumpido el resuello.

—Oiga, señorita White, ¿tiene un poco de *whisky* por aquí? Creo que necesito un trago.

Ella sonrió y se puso en pie. Fue de nuevo a la cocina y trajo una botella y dos vasos.

Yo había encendido un cigarrillo. Preparó las raciones y bebimos.

—Dice usted que Harvey vino aquí poco antes de morir para dictarle el resto de la fórmula —murmuré—. No, no he dicho eso.

Sólo me dijo que ya la tenía. Me apreté las sienes con la mano.

—¿Y por qué no se la dictó?

—No lo sé.

—¿Quiere decir que no hubo nada más?

—No, permaneció muy poco tiempo aquí. Lo invité a cenar, pero no aceptó. Dijo que tenía que hacer algo muy importante.

—Una pregunta, señorita White. ¿Ha comunicado usted todo eso a la policía?

—Regresé hace apenas tres horas a la ciudad y hasta este momento no me he enterado de la muerte de Harvey. La misma noche que él me visitó me llamó mi hermana desde San Francisco. Su hijo estaba muy grave. Salí inmediatamente de viaje y durante estos tres días no he salido de casa de mi hermana. Por fin la enfermedad cedió y he podido venir. Al llegar a casa encontré los diarios atrasados y leí la muerte de Harvey. Enseguida llamé a su casa para hablar con la viuda, pero, como usted sabe, no quiso escucharme. Todo esto me extrañó mucho y pensaba acudir mañana a la policía.

—Supongo que las visitas de Harvey a usted eran rigurosamente secretas.

—Sí, sólo venía de noche un par de veces a la semana. Siempre me avisaba por teléfono su llegada. Nunca venía antes de las doce.

—Quizá hubiese alguien que estuviese al corriente de que Bob venía aquí. —¿Quien?

—La propia señora Harvey, ¿lo comprende? Ella ha podido creer que usted era la amante de su marido.

—Oh, pero eso es ridículo. Yo quería a Bob como si fuese un padre, le aseguro que yo para él era como una hija.

—Lo comprendo, señorita White, pero así queda justificado por qué la señora Harvey al oír su nombre se negó a hablar con usted.

—Sí, ahora que lo pienso, tiene usted razón.

—La señora Harvey no quería a su marido, para ella Bob sólo era una bolsa de dinero.

Suponiendo que él muriese, valía exactamente cien mil dólares.

Lucille abrió mucho los ojos.

—¿Supone que ella le mató?

—No, no supongo nada —me pasó una mano por el cabello—. Ahora las cosas están un poco más claras.

—¿Cree usted que mataron a Bob por culpa de su invento?

—Estaría dispuesto a apostar que sí, y lo peor es que su muerte quiere decir que esos traidores entraron en posesión de la fórmula.

—En tal caso, sólo nos queda avisar a la policía —de pronto se interrumpió mirándose con el ceño fruncido.

—¿Qué le pasa, Lucille?

Se mordió el labio inferior y de repente hizo chasquear los dedos en el aire.

—Ahora lo comprendo.

—¿Qué es lo que comprende?

—La fórmula. No la tienen.

—¿Cómo lo sabe?

—Cuando llegué aquí encontré algo anormal en el ambiente. No supe a qué atribuirlo, pero ahora está claro —señaló el diván de enfrente—. Ése diván estaba un poco corrido hacia la izquierda. Observe aquellos libros de la estantería, señor Francis —se refería a un mueble que había contra la pared y en el que había un par de centenares de volúmenes—. Están todos los libros, pero estoy segura de que no guardan el orden en que yo los dejé. Se me ocurrió mirarlos poco antes de que usted llegase.

—Está claro. Han registrado su apartamento. Harvey debió suponer que sus horas estaban contadas y se las arregló para esconder la última parte de su invento, justamente la más interesante.

—Pero ¿dónde puede estar? ¿En la propia casa de Harvey?

Torné a mis paseos.

—No, creo que no —respondí—. Apuesto a que también, han registrado su casa. Habrá sido el primer sitio adonde ellos hayan ido —hice una pausa—. Cabe la posibilidad de que lo haya guardado en una caja de depósito. Hay demasiados lugares que se pueden utilizar para guardar su secreto.

Durante un rato no dijimos nada. De pronto recordé algo.

—¿Por qué vino aquí Harvey poco antes de que muriese? ¿Simplemente para anunciarle que había encontrado la fórmula? Eso tiene muy poco sentido.

—¿Qué es lo que supone?

—Recuerde, Lucille; ¿cuánto tiempo permaneció aquí Harvey?

—Unos quince minutos.

—¿Estuvo usted siempre con él?

—No. Justamente cuando él llegó me estaba bañando y tuve que salir para abrirle. Le dije que esperase unos minutos, el tiempo indispensable para terminar mi baño y vestirme.

—Eso sería unos seis minutos.

—Aproximadamente.

—¿Se da cuenta? Y luego los asesinos estuvieron aquí durante su ausencia mientras usted fue a San Francisco y anduvieron buscando. Ellos tenían la seguridad de que cuando Harvey salió de su casa llevaba la fórmula encima y luego, cuando lo pescaron, se encontraron con que ya no estaba en su poder.

—Pero ¿dónde la pudo esconder?

—Quizá tengamos más suerte que ellos. Empecemos.

Durante la media hora siguiente estuvimos buscando la fórmula de Harvey por todo el apartamento.

De pronto pasó una idea por mi imaginación. Fui rápidamente hasta el hueco de comunicación con el dormitorio de la muchacha.

—Eh, Lucille, ¿qué es lo que se llevó usted a San Francisco?

Ella estaba buscando en el cajón de una mesilla de noche y se volvió.

—Una valija.

Abrió un armario y sacó la valija, que puso sobre la cama. Extrajo todas las prendas y las registró pulgada a pulgada con el mismo resultado infructuoso que antes.

—¿Qué más se llevó? —insistí.

—Nada más.

—Llevaría un bolso.

—Sí, desde luego.

—¿Dónde está?

Se volvió hacia el armario y sacó un bolso blanco. Abriólo y volcó todo su contenido sobre la cama. Apareció una polvera, un lápiz de labios, un pequeño monedero, un fajo de billetes y su tarjeta del seguro, que estaba metida en un forro de plexiglás.

—La polvera la he utilizado y también el lápiz de labios —explicó—. Le puedo asegurar que no tienen ningún compartimento secreto.

Caminé hacia la cama y alcancé la tarjeta del seguro. El forro sólo era transparente por una parte. El revés era de cuero color

marrón. Metí los dedos por la embocadura y tanteé por detrás. El corazón me dio un vuelco cuando toqué un papel. Estaba doblado en dos. Lo saqué rápidamente y tuve la impresión de que la sangre se me convertía en hielo al ver un conglomerado de números, letras y signos. Estaba hecho con letra muy diminuta, casi microscópica.

Lucille vino a mi lado y soltó una exclamación de alegría.

—Es la fórmula... ¡Ya la tenemos, Paul!

La miré sonriente y de pronto me di cuenta de que ella estaba muy seria mirando hacia la mesilla de noche que había cambiado de lugar en su búsqueda.

Seguí la dirección de sus ojos y al instante me estremecí al ver lo que había descubierto. Era un cable.

Rápidamente caminé hacia éste y me agaché. Justamente detrás de la mesilla de noche estaba el teléfono. Seguí la dirección del cable que iba por debajo de la cama muy pegado a la pared, del mismo color que ésta. El cable seguía hacia el *living*.

—Nos han estado escuchando —dije. La atrapé por la muñeca rápidamente—. ¡Vámonos! Quizá tengamos unos cuantos segundos.

Cruzamos el *living* como una exhalación, pero de pronto nos detuvimos al oír unos pasos en la grava que conducía al porche.

—Demasiado tarde —dije.

—¡La puerta trasera!

Cruzamos la cocina y salimos fuera, justamente cuando oíamos que descargaban el hombro sobre la puerta principal.

—Tengo un automóvil —dijo ella señalando la cochera.

—Suba usted. Yo abriré la puerta. No se detenga para recogerme, yo subiré en marcha.

Me había guardado la fórmula en el bolsillo interior de la chaqueta. Abrí la puerta que daba acceso a la calle y justamente en ese instante el coche conducido por Lucille llegó corriendo. Ella misma me abrió la portezuela y salté dentro.

Salimos a la calle y Lucille hizo girar el volante hacia la izquierda sin disminuir la velocidad del vehículo.

Entonces oímos las voces de los hombres que habían aparecido por la puerta trasera.

Avanzamos por la calzada a creciente velocidad y de pronto por uno de los laterales vimos aparecer un coche. Era inevitable la colisión. Lucille se quedó paralizada.

Me arrojé sobre el volante y lo hice girar bruscamente a la derecha. El coche subió a la acera y nos fuimos contra la valla de un jardín, pero logré hacer girar otra vez el volante y el auto volvió a la calzada entre chirridos de neumáticos y crujidos de metal.

—Pase por detrás de mí, Lucille.

Ella así lo hizo y yo quedé dueño del coche.

Observé a la joven. Estaba muy excitada.

Miré por el espejo retrovisor y vi que el coche que se había interpuesto en nuestro camino corría ya en nuestra persecución. No cabía pensar en detenerse para pedir auxilio. Aquellos tipos nos balearían antes de que alguien pudiese echarnos una mano.

Había cobrado una ventaja de cincuenta yardas, pero eso no suponía nada, apenas dos segundos. Nuestra salvación consistía en seguir huyendo y lograr despistarlos. Me pregunté si iba a ser posible. Pero yo tenía una responsabilidad ahora: la de aquella joven que sin quererlo se hallaba metida en un buen lío.

—¿Qué tal se encuentra, Lucille? —pregunte mientras apretaba el acelerador a fondo.

—Muy bien.

—Miente con mucho ánimo —le sonreí.

Ladeó la cabeza y me sonrió débilmente. El bucle, de su cabello continuaba en la frente. Casi me había acostumbrado ya a verlo así. Carraspeé y dije:

—Las cosas están mal y pueden ir a peor... Llegó la hora de que nos despidamos.

—¿Qué dice?

—Me detendré a la primera oportunidad y usted saltará del coche.

—¿Y usted, Paul?

—No tengo más remedio que continuar. Naturalmente, usted avisará a la policía y todo acabará felizmente.

—No voy a hacer tal cosa.

—¿Qué dice?

—Seguiré a su lado. Además no se puede detener. No adelantaremos nada. Ellos se nos echarían encima y nos detendrían.

Era la pura verdad, pero yo quería oírlo de sus labios y ello me sirvió de descanso.

El coche respondía bien y seguimos conservando la distancia con respecto a nuestros enemigos.

Pensé que tendríamos más posibilidades por los caminos vecinales y antes de llegar a San Fernando torcí a la derecha hacia Palmdale, en los montes de San Gabriel.

Habíamos tenido desgracia en la huida. Si nos hubiera sido posible correr en la dirección opuesta, nuestras posibilidades hubiesen aumentado, porque en el camino de Los Angeles nos habría sido relativamente fácil librarnos de nuestros perseguidores, pero aquellos lugares por donde ahora corríamos estaban completamente solitarios.

—¿A dónde vamos, Paul? —preguntó Lucille.

No lo sabía, pero traté de animarla.

—Nos los quitaremos de encima pronto.

Me encontré con una bifurcación y sin titubear tiré por el camino de la izquierda.

De pronto vi a lo lejos, a un cuarto de milla, un edificio. Por las trazas debía ser una fábrica o algo parecido.

No se veía ninguna luz, pero todo consistiría en hacernos oír para que acudiesen en nuestro auxilio.

—Vamos a ponernos a salvo —dije.

Justamente en ese instante las ruedas se hundieron en un profundo bache, sonó un terrible crujido y luego el vehículo saltó a mucha altura y volvió a caer sobre sus cuatro ruedas. Vi que nos salíamos del camino y que corríamos hacia un árbol.

Hice girar el volante y entonces sentí que me quedaba paralizado porque la dirección no me respondía. Se había roto en el salto. Lo intenté otra vez, pero fue inútil.

—¡Cuidado, Lucy! —grité—. ¡Nos estrellamos! ¡Salte fuera!

Yo mismo me arrojé sobre ella y abrí la portezuela. En esto sobrevino el terrible impacto del coche contra el árbol.

CAPÍTULO VIII

Lucille salió lanzada por el hueco de la portezuela y yo fui detrás sintiendo que mis piernas golpeaban contra los bordes del marco.

Perdí el contacto con Lucille y empecé a dar vueltas sobre la tierra arañándome la cara y el cuerpo. Finalmente me pude levantar, cerciorándome de que no tenía ningún hueso roto.

El coche se había hecho pedazos. Sus restos estaban boca abajo, con las ruedas dando vueltas en el aire.

A lo lejos vi los faros del coche que nos perseguía.

Oí un gemido y caminé hacia el lugar de donde procedía.

Lucille se estaba incorporando. La abarqué rápidamente por la cintura y con la otra mano le cogí la barbilla.

—¿Cómo ha ido eso?

—Creo que nos hemos librado de buena —miró hacia el camino—. Es a ellos a quienes temo.

—Aún no está todo perdido.

Echamos a correr hacia la construcción. Se hallaba envuelta en la oscuridad. Había una gran puerta de madera que estaba cerrada. La golpeé con todas mis fuerzas pidiendo que abriesen, pero del interior no nos llegó ningún ruido.

El coche de los malditos había llegado a la altura del nuestro accidentado y se dirigió hacia nosotros.

Rápidamente tiré de la muñeca de Lucille y dimos la vuelta al edificio en el preciso instante en que hicieron fuego.

Lucille dio un chillido cuando la bala rebotó contra el muro.

Nos hundimos en el barro y seguimos avanzando. De pronto vi que en la pared había un hueco y que correspondía a otra puerta mucho más pequeña. También estaba cerrada.

Me separé unos pasos y descargué el hombro sobre la hoja, la

cual crujió sin ceder.

Al segundo intento, la puerta se abrió violentamente.

Nos colamos en una nave y me pude dar cuenta enseguida de que nos encontrábamos en una fundición. Aposté conmigo mismo a que el negocio estaba abandonado, lo cual quería decir que dependíamos de nuestra suerte. Pero yo tenía una pistola.

Señalé al fondo de la nave, donde había una escalerilla de hierro e indiqué a Lucille que subiese, y ella empezó a trepar.

Oí ruido de carreras fuera y un tipo se coló por la puerta.

Hice fuego sobre él y el fulano se tiró al suelo, yendo a parar detrás de unos bidones.

Disparé otra vez y la bala chocó contra el metal produciendo un sonido hueco.

Lucille ya estaba en lo alto y le arrojé la pistola al aire mientras le advertía:

—Cúbrame mientras subo.

Cazó el arma y apretó el gatillo.

Su proyectil golpeó también contra los bidones. Yo subí muy deprisa y cuando estuve a su lado volví a tomar posesión del arma.

Teníamos delante de nosotros un corredor de planchas metálicas. Avanzamos rápidamente y el corredor nos condujo a otra nave muy larga con piso de tierra. Estaba muy oscuro, pero de pronto se encendió la luz y Lucille me echó los brazos al cuello sobresaltada.

Sentí la tibieza que emanaba de su cuerpo.

—No se inquiete, Lucy.

Me miró profundamente a los ojos.

—¿Cómo vamos a escapar?

Miré la bombilla que pendía del techo.

—Aquí debe haber un teléfono. Todo consiste en encontrar las oficinas. Debe estar por la otra parte.

Seguimos andando por entre un montón de herramientas llenas de polvo. De vez en cuando me detenía para echar una mirada a mi alrededor, especialmente a mis espaldas.

Pero hacía rato que no se oía nada. Los tipos se lo habían tomado con calma. Sabían que nos tenían acorralados y desde su punto de vista era cuestión de poco tiempo el que cayésemos en sus manos.

Lucille me apretó en el brazo.

—Mire aquella puerta. Debe ser la oficina.

Echamos otra vez a correr. La puerta también estaba cerrada con llave, pero esta vez me costó mucho más trabajo abrirla. Finalmente saltó la hoja y pudimos pasar al interior.

Con la respiración jadeante contemplé el teléfono que había sobre la mesa.

De pronto pensé en algo. La fundición estaba abandonada y era lógico que se hubiesen dado de baja en el teléfono. De todas formas avancé muy aprisa y me apoderé del auricular.

Di gracias al cielo porque al instante sentí la señal de tono.

Marqué el primer número que se me ocurrió, el del hotel. Allí se encargarían de llamar a la policía.

Descolgaron al otro lado.

—Oiga, ¿hotel Nacional? —dije.

Oí una voz lejana y de pronto se interrumpió la comunicación.

Nada, no se oía nada.

Golpeé dos, tres veces, en la horquilla, pero fue inútil.

Me volví hacia Lucille.

—Han cortado el cable.

Me miró consternada y yo, después de dejar el auricular sobre la mesa, me acerqué a la muchacha y le acaricié la barbilla mostrándole la pistola.

—Siempre fui un buen tirador, ¿sabe? Recuérdeme que le enseñe algún día la copa que gané en el concurso de mi pueblo —le sonreí—. Vamos, no podemos quedarnos aquí.

La tomé por la mano y salimos de la oficina. A lo lejos, entre las herramientas abandonadas, no se veía a nadie.

Observé a la izquierda una escalerilla que conducía abajo.

Cuando estábamos a punto de ganar la baranda dispararon desde el piso inferior. La bala se incrustó en el techo.

Tiré de Lucille y los dos quedamos aplastados contra la pared.

Siguió un profundo silencio, tan sólo interrumpido por nuestras respiraciones.

—Eh, señor Francis —dijo una voz—. ¿Está allí arriba?

Era el bueno de Tommy.

Rió con su risa característica y luego dijo:

—Hablando se entiende la gente, Francis. Es lo que dicen en mi

pueblo.

—Muy bien, Tommy. Aquí estoy.

—Infiernos, usted es duro, palabra que lo es. Quizá me gustaría ser amigo suyo.

—A mí también me gustaría serlo suyo. Es fácil de arreglar. Salimos juntos de aquí y nos vamos a hablar con la policía.

Tommy soltó otra carcajada.

—No ha perdido el buen humor. Pero quizá esté a punto de acabársele la cuerda. Es lo que ocurrirá si no acepta la oferta que le voy a hacer.

—¿Qué oferta?

—Queremos el papelito.

—¿Y qué más quieres, Tommy?

—Sólo ese papelito que encontré en el bolso de la muchacha.

—¿Para qué lo quieres tú, Tommy?

Se puso a reír dando chillidos como una rata. Finalmente contestó:

—Servirá para que Roy y yo llenemos los bolsillos de billetes.

—¿Vosotros y quién más?

—Bueno, también está Jim.

—No conozco a ningún Jim.

—Baje y lo conocerá. Eh, Jim, ven aquí, quiero presentarte a un amigo.

De pronto oí la voz de Roy:

—¡Maldita sea, Tommy! No hemos venido aquí de juerga.

—Cállate, Roy —dijo Tommy.

Una tercera voz intervino:

—Creo que Roy tiene razón, Tommy. Liquidemos el asunto cuanto antes y larguémonos. Puede venir alguien.

—¿Quién ya a venir aquí? —dijo Tommy—. Sois un par de estúpidos. La fundición está muy apartada del camino. Ese par de angelitos se metieron ellos solos en la trampa.

Me acaricié la mejilla con el dorso de la mano. Así, pues, ellos eran tres, aun cuando cabía suponer que fuera de la casa habría uno o dos más y por añadidura eran pistoleros profesionales. No, yo no había ganado ningún concurso de tiro, aunque las armas no me eran extrañas porque había tenido ocasión de practicar con ellas cuando hacía el servicio militar. Nuestra situación era mala, pero se

equivocaba Tommy si creía que iba a ganar fácilmente.

Lucille me habló en voz baja:

—Oye, Paul —me tuteó—, existe una solución.

La miré a los ojos.

—¿A qué te refieres?

—¿Y si copias la fórmula y se la das?

—No puedo hacer eso. Nuestro país tendría el combustible sólido que inventó Harvey, pero otra potencia se beneficiaría de ello.

—Comprendo. Olvídalo.

—Voy a tratar de convencerlo para qué te dejen pasar.

—No, Paul.

—Quizá sea inútil, pero probaré.

Levanté la voz:

—Eh, Tommy.

—Hable, tipo duro.

—¿Qué ganamos con el trato?

—Entregue la fórmula y les dejaremos a los dos en paz.

De pronto recordé la sugerencia de Lucille de hacer una copia de la fórmula. ¿Y por qué no una copia falsa?

Saqué rápidamente un papel de la cartera y una pluma y me puse a escribir mientras decía:

—No sirve, Tommy, intenta otra.

—¿Todavía quiere imponer condiciones? ¿Es que no sabe que están perdidos? En cuanto yo de la orden de ir a por ustedes les habrá llegado el final.

Garabateé letras, signos, números, y cuando hube terminado tuve la impresión de que podía pasar por la fórmula del rayo de la muerte.

—Oiga, Tommy —dije mientras guardaba la pluma—. ¿Qué le parece si agrega un poco de dinero?

—¿Cómo?

—Eso es justo, ¿no le parece? Usted mismo ha dicho que va a ganar muchos billetes.

¿Por qué infiernos no me han de corresponder a mí unos cuantos?

—¿Lo oís, muchachos? El tipo duro nos resultó también comerciante.

—No me gusta —dijo Roy—. ¿Por qué no acabamos de una vez?

—¿Qué dices tú, Jim?

El llamado Jim titubeó unos instantes y finalmente dijo:

—Bueno; si se puede arreglar sin tiros, ¿por qué no ha de darle Tommy unos cuantos machacantes?

Tommy dejó oír otra vez su voz.

—Ya lo oyó, Francis. Ha ganado por dos votos a uno. Le daremos quinientos dólares.

El muy comediante estaba haciendo bien su papel. No tenía la intención de darme dinero. Me tenía preparada una ración de plomo y seguro que estaba deseoso de descargármela en las tripas.

Traté de ganar un poco más de tiempo. Era un juego en el que se trataba de ver quién engañaba a quien.

—Es muy poco dinero —repuse.

—Tendrá para divertirse con la chica unas cuantas noches.

—Con dos mil dólares quedaremos a la par.

—¿Dos mil dólares? Usted está loco.

—Los podéis pedir a vuestro jefe como un gasto extra.

Cuchichearon un rato y quizá lo que discutían era quién de los tres sería el encargado de desparramarme los sesos por el suelo.

—De acuerdo, Francis —contestó al fin Tommy—. Tendrá sus dos mil dólares.

—Estupendo, Tommy. Da gusto cuando se llega tan pronto a un acuerdo.

—No pierda más tiempo, baje con la muchacha y entregue la fórmula. A cambio recibirá el dinero.

—¿De dónde crees que salgo, Tommy? No es la clase de acuerdo al que yo llegaría contigo.

—¿Qué quiere decir?

—La chica saldrá primero. Aquí enfrente hay una ventana. Cuando la vea a suficiente distancia de la casa, por lo menos a un cuarto de milla, yo bajaré y os entregaré la fórmula.

Hablaron entre sí otro rato.

—Muy bien, Francis, está aceptado. Pero has de escupir la fórmula primero, queremos estar seguros de que no nos vas a hacer una sucia faena.

Sentí deseos de soltar una carcajada. Ellos se preocupaban porque yo no cumpliese mi parte.

Hice una pelota con el papel en que había escrito mi fórmula particular y me acerqué a la baranda.

—Ahí va, Tommy.

Arrojé la pelotita de papel al vacío.

Empezaron a desgranarse los minutos.

Lucille me cogió la mano apretándola fuertemente y yo sentí que me transmitía su dolor, los latidos de su pulso. La miré a la cara y la comparé mentalmente con Cris. La rubia era muy hermosa, excitante, tentadora. Lucille era otra clase de belleza no tan llamativa; pero ahora pensé, y no sé por qué razón, que Lucille podría ser una esposa perfecta.

Tommy interrumpió mis pensamientos.

—Está bien, Francis, la chica puede bajar.

Lucille dijo que no con la cabeza.

Justamente en ese instante se oyó un disparo y la bala crujió sepultándose en la pared, entre la cara de Lucille y la mía.

Me arrojé al suelo hacia adelante, arrastrándola conmigo. Uno de aquellos canallas había subido por la escalerilla de hierro y habíase parapetado tras unas herramientas con la idea de quitarnos de en medio. Por fortuna falló el disparo.

Tommy preguntó desde abajo:

—¿Ya está, listo, Jim?

—No —contestó el aludido desde el fondo de la nave en que Lucille y yo nos hallábamos—. Pero estuve a punto de cazarlo.

—¡Maldito seas! —chilló Tommy—. ¿Para eso lo he estado entreteniendo? —Dio rienda suelta a su ira—. Óyeme, Francis, no me he tragado lo de la fórmula. Sé que no es la verdadera. El jefe nos dio instrucciones acerca de lo que queremos. Has intentado pegármela, pero no te ha servido. Y ya se acabaron las contemplaciones. Ahora lo vais a pagar con la vida.

Sentí cómo Lucille se estremecía.

Jim hizo un disparo y yo le repliqué con otro, haciéndole esconder la cabeza.

Calculé que me debía quedar una bala. Tommy debía estar al corriente de que yo estaba tirando con su pistola y por lo tanto también debía llevar la contabilidad.

Saqué rápidamente la fórmula de Harvey y empecé a leerla muy aprisa grabándomela en la mente. Cuando la hube leído cinco veces

saqué un fósforo, lo encendí y pegué fuego al papel.

Lucille me estaba mirando con los ojos muy abiertos.

Le sonreí, señalándome la frente.

—Ahora está aquí dentro. No te preocupes.

El fuego consumió la última pulgada de papel.

De pronto vi que Jim se alzaba y venía corriendo hacia nosotros disparando.

No tuve más remedio que apretar el gatillo. Mi bala lo detuvo en seco.

Lanzó un grito cogiéndose la pierna y se desplomó en el polvo.

Casi instantáneamente Tommy apareció por la izquierda corriendo.

—Muy bien, tipo duro —dijo—. Se te acabó la racha.

Ale estaba apuntando al cuerpo y esperé ver la llamarada que anunciaría mi muerte. Detrás de Tommy llegó Roy, con la cara llena de esparadrapos.

—Jim trató de ponerse en pie y soltó una maldición.

—Sólo me rozó el muslo —dijo—. Creí que me había partido el hueso.

Era un tipo grandullón, de más de uno ochenta de estatura, de enormes bíceps y cara de bestia.

Tommy_ siguió apuntándome a la barriga.

—Anda, Francis, suelta esa fórmula.

Di un suspiro y señalé hacia las cenizas en que se había convertido lo que él buscaba.

—La quemé.

Puso cara de asombro.

—¿La quemaste?

—Preferí que nadie se aprovechara de ella, ni siquiera nuestro país, a consentir que cayese en manos de unos hijos de perra.

Roy entrecerró los ojos haciendo una mueca.

—¿Es cierto que has hecho eso, maldito?

—Sí —asentí.

—¡Por todos los infiernos! No has quemado sólo un papel. Has quemado diez mil dólares, lo que nosotros teníamos que cobrar por el trabajo... ¡Te voy a convertir en pulpa!

Dio un paso hacia mí, pero en esto Tommy lo atajó.

—Espera, Roy.

—¿Qué tengo que esperar?

—No creo esa historia que nos ha contado —empezó otra vez a sonreír mirando a Lucille, que estaba sentada junto a mí—. Es una hermosa chica, ¿eh, Francis?

Tuve la impresión de que me arañaban el estómago con un rallador de pan. No tenía nada que decir y guardé silencio. Tommy prosiguió:

—Sí, señor, es una bonita chica —me miró—. ¿Verdad que sería una lástima que le pasase algo?

Me humedecí el labio con la lengua.

—Ella no tiene nada que ver con esto.

—¿No? ¿Dónde dejó Harvey depositada su fórmula? ¿Fue en su casa, Francis...? ¡Maldita sea! Le revolvimos todo cuando ella se marchó a San Francisco. Fue listo ese condenado Harvey guardando la fórmula del papelito en la tarjeta del seguro, pero por fin hemos dado con la chica y lo va a pagar.

—Ella no sabía que Harvey le había convertido en depositaria de su secreto.

—¿Y qué más da? El caso es que lo tenía y que por su culpa tú saliste de su departamento con la fórmula en la cartera.

Había llegado el instante tan temido por mí y me di cuenta de que había estado esperando un milagro del cielo.

Debí suponer, desde que nos metimos en aquella fundición, que ellos terminarían por aprovecharse de Lucy para lograr sus propósitos.

Jim había utilizado un pañuelo como torniquete sobre su muslo. Su herida había sangrado mucho y mostraba una gran mancha de sangre en el pantalón. Bien, ya había peleado con ellos un par de veces. Ahora sería la tercera.

Jim era el que de ellos tenía más próximo. Lo observé otra vez. Sí, era el tipo más fuerte, aunque estaba en inferioridad de condiciones a causa de una herida en la pierna. Conservaba la pistola en la diestra, era un «Luger», una estupenda arma para abrirse paso, si es que yo llegaba hasta ella.

Tommy seguía riendo.

—Ven aquí, muchacha —ordenó.

Vi cómo Lucille se estremecía.

Empecé a ponerme en pie sacudiéndome las pahuas de las

manos contra las perneras del pantalón. Los ojos de Roy brillaron codiciosos.

—Déjamela a mí, Tommy.

—¿Qué quieres hacer?

—Sólo registrarla, estoy seguro de que él le dio a guardar la fórmula.

Tommy sacudió la cabeza.

—Muy bien, id los dos a la oficina. Pero no seas mal chico y no te entretengas mucho.

El canalla de Roy sonrió bajo los esparadrapos.

—Anda, chica —dijo a Lucille—. Ven conmigo. Tú y yo tenemos mucho que hablar.

Tommy rió el chiste advirtiéndome:

—Todavía lo puedes arreglar, Francis.

—¿Cómo?

—Soltando la fórmula.

—Ya te he dicho que la quemé.

—Y yo te he dicho que no te creo.

—Estamos como antes.

—¡Maldita sea...! —gritó Roy—. Arreglemos esto a nuestra manera, Tommy. ¿Es que no lo has oído, chica? ¡A la oficina!

Lucille empezó a levantarse y yo le alargué la mano para ayudarla. Observé por el rabillo del ojo a Jim, el cual se había apoyado en un barril vacío y estaba soltando maldiciones por lo bajo mientras se tocaba la pierna herida.

Justamente en el momento en que Lucille se puso en pie salté hacia un lado.

Jim tenía la mano armada baja y logré apresarle por la muñeca. Di un fuerte tirón de él y en ese instante sonó un estampido. Sentí cómo Jim se estremecía y no tuve duda de que el proyectil se había incrustado en su carne. Caímos los dos en el suelo sin que él opusiese resistencia, porque estaba muerto. Al levantar la cabeza vi a Lucille forcejeando con Tommy, al cual había aferrado por la muñeca.

Roy pasó por el lado de ella y vino hacia mí brillándole los ojos como a un loco. Yo tenía la «Luger» en la mano izquierda y disparé antes de que Roy hubiese logrado serenarse lo suficiente para apretar el gatillo.

Vi cómo se estremecía y bajaba la pistola arrugándose. Le había clavado el plomo en el estómago y el plomo de una «Luger» no es cualquier cosa. Lanzó la peor maldición de su repertorio y se vino abajo.

Tommy hizo un esfuerzo y logró alejar a Lucille de un empujón, pero para entonces caí sobre él y le descargué la culata en una oreja.

Emitió un aullido y retrocedió tambaleándose, chocó contra la baranda y puso una cara de espanto porque sus pies se alzaron *en* el aire.

Eché a correr para darle una mano, pero llegué demasiado tarde y el pistolero dio una voltereta y se desplomó en el vacío.

Oímos un terrorífico aullido y luego el golpe seco del cuerpo al estrellarse contra el piso.

CAPÍTULO IX

Todo quedó envuelto en el silencio. Miré jadeante a Lucille. Ella estaba sollozando, cubierto el rostro con las manos.

Me acerqué a ella y le pasé un brazo por los hombros atrayéndola contra mí.

—Ya pasó todo.

Ella me miró.

—¿Y los que han quedado en el coche?

Le mostré la «Luger» y luego me acerqué al lado de Roy y cogí el arma que le había pertenecido. Miré otra vez a Lucille.

—Ahora tengo suficiente artillería. Si tratan de obstaculizar nuestro camino será peor para ellos. Anda, vamos.

Le rodeé la cintura con mi brazo y bajamos por la escalera que últimamente Tommy y Roy habían utilizado para llegar arriba.

Tommy estaba en el suelo, contrahecho, durmiendo el último sueño.

Al llegar cerca del hueco, hice señal a Lucy para que se detuviese. No me gustaba aquel silencio.

La puerta se mecía chirriando sobre sus goznes.

Asomé poco a poco la cabeza esperando oír de un momento a otro un estampido, pero éste no se produjo.

Fuera empezaba a clarear. No vi a nadie a lo largo del muro. Al parecer, los que se habían quedado en el coche daban por descontado que Lucy y yo seríamos presa fácil de sus compañeros.

Bien, no teníamos por qué seguir luchando. El secreto de Harvey era sólo nuestro y no estaba en mi ánimo correr un riesgo inútil, especialmente porque yo tenía a mi lado una mujer que no había pensado en sí misma y que, sin vacilar, había estado dispuesta a sacrificar su vida por que aquellos truhanes no se saliesen con la

suya.

Le dije que podía salir y luego echamos a andar hacia la parte trasera del edificio. Llegados allí miré hacia el frente y vi un camino a lo lejos que serpenteaba por una ladera, en dirección a los montes de San Gabriel. Pensé que debíamos ir por allí. Si teníamos suerte en encontrar un vehículo, el negocio habría acabado con un completo éxito para nosotros.

Echamos a andar cogidos de la mano. De vez en cuando Lucy me miraba y yo empecé a decirme que su sonrisa era la más encantadora que yo había visto en mucho tiempo.

Los enemigos no daban señales de vida, Avanzamos por el camino y poco después la fundición quedó muy lejos de nosotros cubierta por la colina.

Al poco rato llegó a nuestros oídos el ronquido de un motor. Volvimos la cabeza y yo apreté la culata de la «Luger» que conservaba en el bolsillo. Esperamos expectantes.

Finalmente apareció un renqueante camión en cuya parte posterior vimos brillar grandes recipientes metálicos de los que se emplean para transportar la leche.

El vehículo había llevado una larga vida porque pertenecía a un modelo de quince años atrás.

Nos apartamos a un lado del camino y levanté el brazo haciendo una señal al conductor.

El camión se detuvo y por la ventanilla asomó la cabeza un hombre de unos sesenta años, cabello canoso, ojillos simpáticos y gruesos bigotes que le cubrían totalmente la boca.

—Buenos días, amigos —dijo.

Correspondimos al saludo y yo pregunté sonriente:

—¿Puede llevarnos, abuelo?

—Mi viaje termina en el valle de San Fernando —advirtió.

—Estupendo —dije mirando a Lucy—. Es justamente adonde nos dirigimos.

—Suban. Creo que cabemos los tres perfectamente.

Primero subió Lucy y luego lo hice yo. Quedamos un poco apretados, pero esto era mucho mejor que ir andando.

—Mi nombre es Crox Blanke —dijo el viejo cuando el coche se puso en movimiento.

—Yo soy Paul Francis y ella Lucy White.

Nos observó con los ojos entrecerrados.

—¿Se les averió el coche?

—Peor que eso. Dimos un par de vueltas de campana y nuestro carro quedó en la mina.

—Caramba, se han librado de buena —hizo una pausa—. Yo también he tenido unos cuantos accidentes en mi vida, ¿sabe? —soltó una risita—. Llevo treinta años conduciendo. Es lo que siempre he dicho. Uno nunca puede confiar en el carro que conduce. Son demasiados caballos. Cualquiera día uno de ellos se desboca, ¿y qué es lo que pasa entonces?

Sacudí la cabeza, en sentido afirmativo. Hacía rato que mi atención estaba fija en un punto que se movía a lo lejos. Era un coche que seguía un camino paralelo al nuestro, a una milla de distancia, y yo estaba dispuesto a jurar a que en aquel automóvil habían viajado los buenazos de Tommy, Roy y Jim.

—¿No puede correr más, abuelo? —sugerí.

Me miró con el ceño fruncido.

—Le gusta la velocidad, ¿eh?

Di un suspiro. Era un buen hombre, pero su tranquilidad nos podía deparar un nuevo contratiempo.

El camino estaba mal cuidado y el camión se comportaba como un saltamontes, pero el viejo no aumentó la velocidad.

El coche sospechoso nos había sacado ya una buena ventaja y de pronto desapareció tras un grupo de árboles.

Ahora Crox Blanke dijo:

—A partir de ahora viajarán mejor. Ya tenemos ahí la carretera principal.

Sí, teníamos la carretera principal, pero allá a la izquierda, a lo lejos, había dos coches que estaban inmóviles y uno de ellos era el de nuestros perseguidores. Solté una maldición para mis adentros. El enemigo había recibido refuerzos.

—Tire a la derecha, abuelo —dije rápidamente.

—El valle de San Fernando está a la izquierda —me recordó sonriente.

—Sí, señor Blanke, el valle de San Fernando estará a la izquierda, pero justamente por ese lado hay media docena de hombres armados hasta los dientes que están dispuestos a llenarnos de agujeros.

—¿Qué dice? —preguntó mirándome como si yo fuese un loco.

—Y le voy a añadir otra cosa, abuelo. Ya puede estar seguro de que a usted le darán también su ración.

Le señalé hacia el lugar donde estaban los coches y él miró en aquella dirección.

Todavía porfió:

—Usted está bromeando, señor Francis.

—Le aseguro que no. Me olvidé decirle antes que cuando dimos las, dos vueltas de campana estábamos tratando de escapar de esos tipos.

Miró a Lucy, como si esperase que desmintiese mi historia, pero ella le dijo:

—Es cierto, señor Blanke. Andan detrás de nosotros.

—¿Por qué motivos?

—Él señor Francis y yo somos depositarios de un alto secreto militar. Ésos granujas forman parte de una banda de espías que trabajan por cuenta de una potencia extranjera.

El lechero parpadeó confuso.

Sonó un estampido y una bala rebotó en una de las lecheras de atrás.

—Es el primer aviso, abuelo —dije.

—¡Malditos sean, no nos cogerán! —exclamó el simpático viejo girando a la derecha.

Yo no era tan optimista como él. ¿Qué podía hacer aquel camión en competencia con un par de coches que habían salido apenas hacía un año de la fábrica?

Sonaron tres estampidos más, pero sólo uno de los proyectiles volvió a agujerear uno de los recipientes metálicos.

Saqué la «Luger» diciendo:

—Creo que esos tipos merecen una respuesta.

Abrí la portezuela y me descolgué al estribo. Los *gangsters* me obsequiaron con una rociada de balas. Una de ellas me deshizo el nudo de la corbata.

Apunté con la zurda y apreté el gatillo por tres veces consecutivas.

Los dos primeros plomos equivalieron a otras tantas salvas, pero el tercero sirvió de algo. Vi cómo hacia explosión el neumático de la izquierda y de pronto el coche a que pertenecía se puso a trazar

zigzags por la carretera, como si el conductor estuviese borracho.

El coche que venía atrás tuvo que frenar bruscamente para evitar la colisión con el que le precedía. Finalmente éste se salió de la pista alocadamente y después de levantar una gran polvareda, quedó inmóvil.

Tomé a meterme dentro de la cabina guiñando un ojo a Lucy y a Blanke.

—Creo que de momento les hemos dejado fuera de combate.

—Estamos a un par de millas de San Gabriel —anunció el abuelo

—. Allí tienen a Jan Saint, el jefe de policía y un buen amigo mío.

—¿Es de confianza?

Me miró como si hubiese proferido una imprecación.

—Jan y yo fuimos al colegio juntos, ¿sabe? —sonrió—. Siempre ha sido un tipo a carta cabal. Ya sabe, de éstos que no se venden por nada.

Recorrimos las dos millas que nos separaban del pueblo y poco después Blanke detenía su camión ante una casa sobre cuya puerta se podía leer: «*Sheriff del Condado*».

Cruzamos un pequeño jardín y Blanke se puso a aporrear la puerta. A poco se abrió la ventana del primer piso y apareció un tipo de cincuenta y tantos años, que se cubría tan sólo con una camiseta.

—¿Qué te pasa, Crox? —preguntó con voz airada.

—Abre, muchacho, y será mejor que te des prisa.

Blanke nos dirigió una mirada.

—¿Por qué he de darme prisa?

—¿Qué les parece? Le ofrezco la oportunidad de que su nombre aparezca en la primera página de todos los diarios del país y el muy animal me pregunta por qué tengo prisa. —Levantó les ojos hacia Jan—. ¡Abre, maldita sea, o te juro que no te voto en las próximas elecciones!

Jan nos observó durante unos instantes y, finalmente, accedió.

—De acuerdo, Crox, ahí voy, pero no armes tanto jaleo.

Poco después nos abrió la puerta mientras se abotonaba una cazadora de cuero.

Pasamos a una oficina donde había una mesa, algunas sillas y una vitrina, en cuyo interior se exhibían un par de rifles. Sobre la mesa descansaba un teléfono.

—Está bien —dijo Jan—. ¿Qué ocurre, Crox?

El lechero dio nuestros nombres y luego añadió:

—Se trata de un asunto que compete al Departamento de Estado, al de Defensa y que, posiblemente, interesará al presidente del país.

Saint se quedó de piedra durante unos instantes y al fin pudo reaccionar. Lo hizo violentamente, señalando con el dedo índice a Crox.

—Oye, muchacho. Si has venido a tomarme el pelo, te juro que soy capaz de llevarte al juez Smith. Sí, señor. Insultos a la autoridad, diez dólares de multa o un día de cárcel.

Crox empezó a ponerse rojo y creí llegado el momento de intervenir.

—Escuche, *sheriff*, su amigo Crox le dice la verdad. El asunto es grave y exige la inmediata intervención del FBI.

—¿Ha dicho el FBI? —repitió, pasándose una mano por la frente.

—Sí, *sheriff*. ¿Quiere poner usted mismo la comunicación y dejar que hable yo?

Volvió a quedar en estado cataléptico. Crox golpeó la mesa con el puño.

—¡Por todos los infiernos! ¿Qué clase de *sheriff* eres tú? ¿Es que no has oído lo que te han dicho?

Jan Saint se humedeció los labios con la lengua, y finalmente, se atrevió a coger el auricular con mano temblorosa. Todavía nos miró un par de veces antes de decidirse a hablar.

—Oiga, señorita, le habla Jan Saint. Quiero inmediatamente una conferencia con la oficina del FBI, en Los Angeles... Sí, eso he dicho, FBI. —Cubrió el auricular con la mano y después de tragar saliva pidió—: ¿Tienes un cigarro, Crox?

El lechero sacó del bolsillo superior de su chaqueta un cigarro negro como el carbón. El *sheriff* lo mordisqueó, aceptando la llama que le ofrecía el propio Crox. Después de lanzar una bocanada de humo le llegó la conferencia solicitada.

—Oiga, ¿hablo con el FBI...? ¿Quién está ahí...? Le habla Jan Saint, *sheriff* de San Gabriel. ¿Inspector Stewart Corey...? Escuche, señor Corey. Tengo en mi despacho a un hombre y a una mujer que aseguran estar relacionados con algo que al parecer les atañe a ustedes... Bueno, será mejor que un tal Paul Francis le hable... Él es quien conoce el asunto.

Me pasó el auricular.

—¿Inspector Corey? —dije.

—Sí, señor Francis, le escucho.

Le hablé de la fórmula de Robert Harvey y de la persecución de que Lucy y yo éramos objeto.

—Muy bien, señor Francis —repuso—. Iré hacia allá con unos cuantos hombres. No se muevan de esa oficina.

—Aquí nos encontrará.

—Dígale al *sheriff* que se ponga.

Devolví otra vez el auricular al *sheriff*, el cual escuchó durante un largo rato, intercalando afirmaciones por toda respuesta, y, finalmente, colgó dando un resoplido. Luego sacó un pañuelo de hierbas y enjugóse el sudor que le bañaba la cara.

—Infierno. Me ha hecho responsable de ustedes. Será mejor que se sienten y no traten de salir a la calle.

Me volví sonriente hacia Lucy.

—Te dije que todo acabaría bien —apreté una de sus manos entre las mías—. ¿Cansada?

—Sólo un poco.

El *sheriff* Saint se dirigió a Crox señalando la puerta con la mano.

—¿Es que no te vas a ir ya?

—No.

—¿Y tu trabajo?

—Sí, tengo trabajó, pero yo soy el testigo principal —el viejo Crox sonrió—. Por nada del mundo me lo perdería.

El *sheriff* sacudió la cabeza y subió por unas escaleras que había al fondo.

Al cabo de unos minutos reapareció trayendo una bandeja en la que había café y tostadas. Nos sentamos todos alrededor de la mesa e hicimos los honores al desayuno del *sheriff* del condado. Justamente estábamos terminando cuando frenaron dos coches a la puerta. Se abrió ésta y apareció un hombre seguido de otros tres.

—Soy el inspector Corey del FBI —anunció el primero.

Tendría unos treinta y cinco años y era bien parecido, de sonrisa agradable y ojos de mirada simpática.

Todos nos pusimos en pie, excepto Lucy.

El *sheriff* caminó hacia Corey.

—Por favor, inspector, ¿me puede enseñar su credencial? No quiero que se moleste... —En absoluto, *sheriff*— sonrió Corey y sacó su cartera mostrando su tarjeta de identidad a Saint. Éste no se conformó con la simple exhibición, sino que cogió la cartera entre sus manos y la observó durante un rato. Luego, la devolvió.

—Muy bien, inspector. Aquí tiene a los muchachos.

Corey se dirigió a mí y me estrechó la mano. A continuación la presenté a Lucy. Conté minuciosamente todo lo relacionado con la fórmula de Harvey y luego Corey comentó:

—Han hecho un buen trabajo. —Luego volvió la cabeza—. Tommy, Carrigan.

A nuestras espaldas dos hombres se estiraron y Corey añadió:

—Id a esa fundición abandonada y haceos cargo de los cadáveres. Acudid luego a la central de Los Angeles. Os estaremos esperando.

Nos despedimos del *sheriff*.

Crox se estaba dirigiendo al hombre que Corey había llamado Carrigan.

—Oiga, ¿no es usted de San Bernardino?

—No —dijo Carrigan—. Pasé toda mi vida en un rancho de Oregon antes de decidirme a entrar en el FBI.

El lechero sonrió.

—Bueno, mis ojos ya no son los de antes.

Palmeé la espalda a Crox.

—Muchas gracias por todo, señor Blanke. Cualquier día de éstos, Lucy y yo vendremos a dar una vuelta en su coche.

Crox sonrió satisfecho.

Salimos fuera y uno de los coches dio media vuelta y se dirigió hacia la fundición. Nosotros entramos en el asiento posterior del otro, junto con Stewart Corey. Delante iban dos hombres.

Hicimos señal con la mano, despidiéndonos del *sheriff* y de Crox, y poco después el coche corría en dirección a Los Angeles.

Corey dio un suspiro sonriendo.

—Supongo que se acordará usted de la fórmula —me dijo.

Sonreí también tocándome la cabeza.

—La tengo aquí dentro, inspector, y para que no haya ninguna probabilidad de que se me olvide, en cuanto lleguemos la pasaré al papel.

Como cosa de media hora después de haber salido de San Gabriel, el coche entró por un portón que estaba abierto. Miré al fondo por el parabrisas y vi una casa con un gran porche sostenido por dos columnas blancas. Me volví rápidamente hacia Corey.

—Eh, oiga —no pude seguir hablando porque me estaba apuntando con una pistola, y entonces el hombre que viajaba en el asiento delantero junto al tipo del volante también giró, mostrando un enorme pistolón en su diestra.

CAPÍTULO X

Lucy soltó un chillido, y yo, para no ser menos, empecé a soltar maldiciones por lo bajo.

El supuesto inspector Corey nos mostró su simpática sonrisa.

—Están cogidos, amigos, y será mejor que dejen ya de hacer tonterías.

—¿Cómo lo consiguieron? —pregunté, pensando muy aprisa en lo que podríamos hacer ahora.

—Muy sencillo. Cuando usted nos sacó de la carretera, supimos que se dirigían a la policía de San Gabriel, de modo que sólo tuvimos que dejarnos caer por la centralita de Teléfonos. Naturalmente, el *sheriff* se pondría en contacto con el FBI, y ocurrió tal como habíamos imaginado. La telefonista se mostró muy complaciente en pasarnos la conferencia, y lo demás ya se lo puede imaginar.

—Muy bien —dije—. Pero la telefonista quedó libre y hablará enseguida con el *sheriff*. Apuesto a que nos han seguido.

Corey sonrió.

—No se preocupe, Francis. No existe tal posibilidad. Dejamos a dos de nuestros chicos con la telefonista, y les di orden de que se mantuviesen allí hasta que nosotros hubiésemos tenido tiempo de llegar a Los Angeles. ¿Se da cuenta? A estas horas el *sheriff* de Sam Gabriel sigue pensando que es un héroe.

Sí; era tal como él decía. Estábamos derrotados.

El coche frenó junto a la escalinata de la casa, y los dos tipos que había en el asiento delantero descendieron.

—Vamos —dijo Corey—. El jefe tiene muchas ganas de veros.

Salí fuera y metí la mano rápidamente en el bolsillo donde guardaba la «Luger», pero los dos fulanos que nos esperaban me

apuntaron con sus armas a la barriga. Tuve que quedarme quieto y desarmáronme sin ninguna dificultad.

Arriba de la casa, junto a la puerta abierta, había otro hombre. Era una recepción por todo lo alto.

El jardín estaba rodeado de altos muros y pensé que sería mucho más fácil escapar de Sing... Sing.

Cruzamos un gran vestíbulo y, finalmente, Corey abrió la puerta haciéndonos señal con la pistola para que entrásemos. Detrás de una mesa estaba Jack Moll, y a su lado, en pie, Elvis Bennett.

Moll se levantó sonriendo.

—Caramba, si son nuestros amigos —se dirigió a mí—. ¿Sabe que llegué a pensar en que usted nos iba a poner las cosas difíciles?

Cometió un error. Se me acercó demasiado.

Sin pensarlo mucho le solté un trallazo con la derecha. Lo alcancé cerca de la oreja y se marchó dando vueltas por la habitación hasta que encontró la pared en su camino.

Elvis vino por detrás y al volverme para hacerle frente me golpeó con un revólver en el hombro, arrancándome un aullido de dolor.

Fue a repetir el golpe, pero Corey dijo:

—¡Quietos, Elvis, no haga eso!

Bennett quedó con la pistola suspendida sobre mi cabeza, y por la mueca que vi en su cara pensé que si me hubiese pegado, seguro que me hubiera hundido la tapadera.

Jack Moll escupió sangre y me miró con ojos cargados de odio. Luego observó a Corey:

—¿Por qué no has dejado que Elvis lo machaque, Stewart?

El falso inspector del FBI sonrió otra vez.

—El tiene la fórmula.

—¿Y qué pasa con eso?

—No la tiene en el papel, señor Moll. Se la metió en la cabeza.

—¿Quieres decir que...? —Moll se quedó en suspenso.

—Sí, jefe. Se la aprendió de memoria y luego quemó el papel de Harvey.

Jack Moll se restañó la sangre con el pañuelo.

—Ha hecho eso, ¿eh, señor Francis?

Procuré que mi sonrisa fuese lo más jactanciosa posible.

—Sí, Jack. Yo soy ahora el amo. Y no me hace falta ninguna

pistola para daros leña. Yo les diré lo que les interesa. Abandonen este asunto y déjennos en paz a la chica y a mí.

Jack se echó a reír.

—Tiene la fórmula en su cabeza, ¿verdad, Francis? Muy bien. Yo se la haré escupir. Todo va a ser cuestión de tiempo —hizo una pausa—. Pero le voy a dar un consejo. A usted le conviene soltarla por las buenas.

Negué con la cabeza.

—¿No? —murmuró sin perder su optimismo—. Escuche, Francis. Hemos recibido mucho dinero adelantado por esa fórmula.

—Ya comprendo —repuse—. Y si ustedes no la dan a cambio, lo pagarán con su vida.

—Sí, es usted muy listo. Justamente ocurrirá eso, y Elvis y yo no estamos todavía dispuestos a morir. Somos muy jóvenes y, además, hay mucho dinero en juego.

Les observé atentamente.

—Menudo par de sinvergüenzas están hechos. Formaron sociedad con Harvey para extorsionarlo.

—Se equivoca a este respecto —dijo Moll—. Nos asociamos con Harvey para trabajar en un negocio limpio. Todo lo que ocurrió después fue pura casualidad, aun cuando se haya debido especialmente a la mala situación económica del negocio. Harvey se empeñó en lograr uno de sus muchos ensayos, dio con algo sensacional, algo que parecía imposible. Un combustible sólido. Naturalmente, la cosa estaba en pañales. Según él mismo nos dijo, había que trabajar intensamente para confeccionarlo y se puso manos a la obra, pero pasaban las semanas y no adelantaba una pulgada de terreno, ¿se da cuenta? Bennett y yo estábamos acosados de deudores, lo mismo que él.

—Ya comprendo, y entonces a uno de ustedes se le ocurrió ofrecer el descubrimiento a una potencia extranjera.

—Sí. Es lo que Bennett y yo hicimos.

—Pero ustedes recibieron el dinero y no enteraron de ello a Harvey.

—Harvey era un tipo muy especial.

—Para ustedes debe ser muy especial el ser honrado.

—Harvey era un estúpido. Al final sorprendió a Bennett copiando parte de sus fórmulas y se imaginó lo que estaba

ocurriendo. Sólo tuvo que tener en cuenta que nosotros seguíamos viviendo a un tren de lujo mientras él se encontraba en dificultades. Por fin logré convencerle. Le dije que tendría billetes para empapelar su casa, pero no fue eso realmente lo que lo decidió. Estaba enamorado de su mujer, y le recordé que él la perdería en cuanto se encontrase en la miseria. Cris se había casado única y exclusivamente por su dinero, lo abandonaría en cuanto descubriese que Bob sólo era un fracasado. Todo comenzó a marchar bien y él continuó con su trabajo, aunque no lo realizaba —con el mismo entusiasmo que antes, y, de pronto, la semana pasada se nos descolgó diciendo que hacía marcha atrás, que no estaba dispuesto a dar la fórmula a nuestros jefes. Bennett y yo supimos que por fin había llevado a feliz término sus investigaciones. Tratamos de disuadirlo nuevamente, pero resultó imposible y, ¿sabe con lo que nos amenazó? Con denunciarnos al FBI. ¿No le dije entes que era un estúpido?

Hizo una pausa y sacó una pitillera, de la cual extrajo un cigarrillo, que encendió parsimoniosamente.

—Bennett y yo nos pusimos como locos a buscar la fórmula, pero nuestros esfuerzos resultaron infructuosos. No la tenía en la caja fuerte de la Compañía, ni en su despacho, ni en ninguno de sus cajones. Pusimos unos cuantos hombres para que lo siguiesen a todas partes. Teníamos que descubrir su secreto. Nuestros jefes estaban colmando su paciencia y también nos llegaron a amenazar porque creían que les estábamos tomando el pelo —dio unos pasos por la estancia y se detuvo mirándome—. Harvey consiguió librarse de sus guardianes, ¿y qué es lo que se le ocurrió? Intentó suicidarse, sí, señor; pero usted estaba allí para impedirlo. Los muchachos les vieron regresar juntos a casa. Luego, al día siguiente, Harvey se marchó a San Francisco. Decidimos apretarle de una vez las clavijas ¿y qué nos contestó? Que estaba dispuesto a dar el último paso y con ello se refería a hablar con el FBI. No podíamos consentirlo. Así se lo explicamos a nuestros patronos y entonces nos dieron la última orden. Harvey debía ser liquidado, pero, naturalmente, antes debíamos conseguir su condenada fórmula. Sabíamos que utilizaba a Lucy White como taquígrafa y nos las habíamos arreglado para instalar una serie de micrófonos en su casa; pero el maldito de Harvey sólo había dictado lo que nosotros ya sabíamos. Nos faltaba

el final Esperábamos que él acudiese a casa de Lucy White y al final lo hizo. Fue entonces cuando le habló a la chica de que había terminado su descubrimiento, pero ¿qué es lo que hizo? No le dictó la última parte de su trabajo. Yo estaba escuchando desde la casa cercana y utilicé la cabeza para llegar a la conclusión de que si Harvey había ido allí a ver a Lucille y se iba sin dictarle, era porque llevaba la fórmula encima y pensaba esconderla en algún sitio, puesto que él sabía que le teníamos vigilado. Cuando regresaba a su casa nos interpusimos en su camino y le sacamos de la carretera. Cuando yo pretendí registrarlo, él me golpeó como si estuviese loco. Yo le pegué con el puño y de pronto cayó hacia atrás, golpeándose la cabeza. Allí se quedó seco. ¿Lo va entendiendo? Harvey tenía que ser liquidado, pero resultó que murió accidentalmente. No nos interesaba acabar con él hasta que nos hubiese, escupido su secreto. Fue entonces cuando simulamos el suicidio. Le llevamos a su casa, le atamos al tobillo la piedra con que se había golpeado, para confundir a los del laboratorio de la policía, y todo quedó listo, salvo que nosotros seguíamos sin la fórmula. Lo demás ya lo sabe.

Sacudí la cabeza. Cris era inocente, aunque hubiese deseado la muerte de su marido, porque quería los cien mil dólares.

—Bien, Francis —dijo Jack—. Ya ve que le tengo simpatía. Le he querido contar la historia completa para que usted no se marche de este mundo haciéndose preguntas acerca de lo que pudo ocurrir.

—Muchas gracias —repuse.

—Ahora sea comprensivo y suelte la fórmula de Harvey. De esa forma, usted tendrá una muerte tranquila, dulce y serena. De lo contrario... —señaló a Corey.

—¿De lo contrario...? —pregunté.

—Los muchachos conocen unos cuantos procedimientos para hacer desear a un hombre no haber nacido.

Miré a Corey. Su cara se había transfigurado. A sus labios afloraba una sonrisa y sus ojos parecían cuentas de vidrio. Supe que él deseaba hacerme una exhibición de cuáles eran aquellos procedimientos. Sobrevino otra larga pausa y luego, Jack Moll dejó oír su voz dura.

—No vamos a estar aquí todo el día, Francis. Decídase de una vez.

No contesté nada.

—Muy bien —dijo Jack—. Llévatelo abajo, Corey.

Corey hizo una señal con la cabeza y dos tipos se adelantaron con la intención de cogerme por los brazos.

Me lancé sobre sus piernas horizontalmente y no pudieron evitar la colisión. Todos nos vinimos abajo. Una de las pistolas quedó en la alfombra y cuando estuve a gatas, me arrojé en plongeón sobre ella, pero antes de llegar a tocarla, alguien me soltó un puntapié junto a la oreja y la pistola cambió de lugar.

Miré hacia arriba y vi la cara sonriente de Corey.

Dediqué mentalmente un recuerdo a sus antepasados, pero él leyó mis pensamientos y me replicó con otro punterazo en la boca.

Por fortuna pude desviar la cabeza y sólo me golpeó en un hombro. Los dos tipos que yo había derribado quisieron demostrar que se ganaban el sueldo. Empezaron a sacudirme con precisión matemática y, oyendo los gritos de Lucy, perdí el conocimiento.

Me despertó un golpeteo en la cabeza y vi que el techo subía y bajaba.

Entonces comprendí lo que estaba ocurriendo. El golpeteo era producido por mí mismo. Uno de aquellos bestias me había cogido por los talones y me estaba bajando por una escalera de piedra. Así, también quedó explicado por qué el techo subía y bajaba. Estuve otra vez a punto de perder el conocimiento, pero por fin llegamos abajo y me dejaron inmóvil.

Corey me estaba mirando sonriente.

—Por favor, Francis —me dijo—. No digas que vas a cantar ahora. Estropearías el programa. Sólo te pido que aguantes cinco minutos.

Era un sádico, un esquizofrénico, que gozaba con ver gotitas de sangre o pedacitos de piel. Yo seguí quieto, cara al techo, preguntándome cómo saldría de aquello.

Corey se movió hacia la pared y cogió un látigo, cuyo extremo era muy delgado. Lo hizo restallar en el aire y sonó un crujido como Un disparo.

—No te preocupes, Francis —dijo—. No hace falta que te quites la ropa. Yo me encargaré de ello.

Se alejó sin dejar de mover el brazo para desentumecerlo.

Corey me soltó el primer trallazo.

La punta del látigo se me llevó un trozo de chaqueta y la carne

de la cintura me ardió.

El verdugo soltó una risita.

—Estoy un poco desentrenado —dijo—. Pero a los seis golpes todo irá mejor.

Descargó otra vez el látigo. Esta vez me mordió el brazo, pero anduve muy rápido para coger el extremo. Cuando lo arrollé a la mano di un tirón con todas mis fuerzas.

Corey lanzó una exclamación y perdió el equilibrio viniendo hacia mí. Le salí al encuentro echándome a volar por el aire. Mi cabeza golpeó contra su cara.

Oí un grito ahogado y se me desplomó escupiendo unos cuantos dientes.

Los otros dos tipos estaban demasiado sorprendidos para echar mano a las pistolas. Eran torpes de reflejos, gorilas que sólo obedecían el mandato de su dueño y yo estaba luchando por mi vida.

Me fui hacia ellos y los dos tipos olvidaron sus armas, porque decidieron acabar conmigo utilizando los puños.

Alargué el brazo y cogí un pedazo del estómago del más cercano a mí. Le di vuelta a la carne y el fulano se puso a lanzar gritos.

El otro me golpeó con el filo de la mano en el cuello y tuve que soltar el estómago de su compañero.

Entonces ellos cobraron una ventaja decisiva. Me golpearon acompasadamente en la cara, en el pecho, en el hígado. Yo, de vez en cuando, lograba conectar algún puñetazo, pero eso no era bastante para contenerlos. Estaba al borde del agotamiento. Auné todas mis fuerzas e incrusté mis nudillos en la cara de uno de los matones. El tipo salió despedido a una velocidad increíble, golpeó contra la pared del otro lado y se vino abajo.

Pero ése era el final para mí. El otro fulano me miró sonriendo porque sabía que yo no podía levantar siquiera el brazo. Tanta era su confianza que me cogió la barbilla con la mano izquierda y me la levantó disponiéndose a pegarme un *uppercut*, y, de pronto, se oyó una voz desde lo alto de la escalera:

—Se acabó la juerga. Quietos, muchachos.

El *gángster* levantó la mirada. Arriba había aparecido un tipo rubio de ojos verdosos.

—¿Quién es usted? —preguntó el matón.

—Sam Farrow, inspector del FBI.

Detrás de Farrow aparecieron otros dos fulanos, y por último, la persona a quien menos podía imaginar en aquella casa, el mismísimo Crox Blanke, el lechero de San Gabriel.

Crox bajó rápidamente y vino a mi lado.

—¿Está bien, señor Francis?

—Sí, perfectamente. ¿Cómo llegó aquí, Crox?

Acaricióse la mejilla con el dorso de la mano.

—Bueno, ¿se acuerda de aquel tipo que creía conocer de San Bernardino?

—¿Carrigan?

—Cuando —ustedes estaban a punto de marcharse le vi por la espalda y noté que cojeaba un poco. Al Carrigan, de San Bernardino, le ocurría lo mismo, ¿y sabe una cosa? Aquel muchacho era un completo sinvergüenza, había estado en la cárcel y era un *gángster*. Así es que me metí en mi bote y comencé a seguirles. Cuando les vi entrar en esta casa, no tuve duda de que ustedes estaban justamente en manos de las personas que querían evitar— hizo una pausa. —Bueno, sólo tuve que avisar al FBI. Infiernos, ahí arriba han hecho una buena pesca.

Le palmeé en la espalda y dije:

—Usted es grande, Crox, palabra que lo es.

CAPÍTULO XI

Crucé el vestíbulo del hotel con la gran cartera en la mano, camino del estudio, para seguir el guión de mi libro. De pronto me llamaron.

—Paul.

Volví la cabeza.

Era ella otra vez. Y estaba resplandeciente de hermosura, magnífica, atractiva... Me acerqué a su lado caminando lentamente.

—Hola, Cris.

Nos quedamos mirando un rato sin decir nada, finalmente murmuró:

—Pensé que me llamarías, Paul.

—He estado muy ocupado.

—Ya me enteré de todo.

Luego hubo otro silencio.

—Paul. ¿Es que vas a dejarme?

—Sí.

—Oh, no, Paul, no puedes hacer eso, tú me quieres.

—Es posible, pero tú y yo no podemos caminar juntos, Cris.

—¿Por qué no?

—Lo sabes tan bien como yo. No mataste a Harvey, pero en el fondo de tu conciencia deseabas su desaparición, porque resultaba para ti un buen negocio. —Quizá esté arrepentida.

—No valdría eso. Tienes los cien mil dólares, ¿verdad?

—Sí.

—Puedes seguir tu vida.

Permanecimos mudos otro rato y luego ella dio media vuelta y se alejó de mí, desapareciendo por la puerta.

Me quedé tinos minutos inmóvil sintiendo que me había

quedado muy solo.

Finalmente, yo también me puse en camino.

Descendí la escalera del hotel y abajo encontré a Lucy. Estaba preciosa con su gorrito blanco sobre la cabeza y los hoyuelos que se le marcaban en las mejillas.

—Hola, Paul.

—¿Qué haces por aquí? —dije, estrechándole la mano.

—Estaba aburrida en casa y de pronto me pregunté si no habría un hombre capaz de invitarme a almorzar.

Observé sus ojos. Miraba ingenuamente y aposté a que era una chica que valía su peso en oro.

—Hay uno —contesté.

—¿Sí, quién?

La abarqué por la cintura y la besé en la comisura de la boca. Luego la tomé del brazo y echamos a andar por la acera. Ella, de vez en cuando, me miraba y sonreía y yo empecé a pensar que, después de todo, iba a encontrar en Hollywood la mujer de mi vida.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).